





+ 1256347

JOYAS DE LA MÍSTICA ESPAÑOLA



LA PERFECCIÓN

EN

LAS ENFERMEDADES

por

EL P. LUIS DE LAPUENTE



MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL

Cruzada 4. bajo dcha.

LA ESPAÑA EDITORIAL

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

PESETAS

ARTE

Rúst. Tela.

ARTEAGA (E.)— La belleza ideal.	3	4
BALART (Federico.)— El pro- saismo en el arte.....	3	4
BAYET (C.)— Historia del arte Con 113 grabados.....	4	5
CHAMPEAUX (A.)— El mobiliario. Dos tomos con 182 grabos.	8	10
CHESNEAU (E.)— La pintura in- glesa. Con 110 grabados.....	4	5
DOMÍNGUEZ BERRUETA (J.)— Música nueva	1	*
DUVAL (M.)— Anatomía artis- tica. Con 81 grabados.....	4	5
JIMENO DE LERMA (Ildefonso).— El canto litúrgico y el ór- gano	5	6
LAVOIX (H.)— Historia de la música. Con 139 grabados...	4	5
LEFEBURE (E.)— El bordado y los encajes. Con 148 grabos...	4	5
LEFORT (P.)— Historia de la pintura española. Con 113 grabados.....	4	5
LESSING (G. E.)— La poesía y las artes plásticas.....	2	2'50
MARGUERY (E.)— La obra de arte y la evolución	3	4
MÉLIDA (J. R.)— Historia del arte griego. Con 100 grabos..	4	5
— Historia del arte egipcio. Con 62 grabados.....	4	5
MUNTZ (E.)— La tapiceria. Con 92 grabados.....	4	5
PARIS (P.)— La escultura an- tigua. Con 184 grabados	4	5
PILO (M.)— Estética integral.	3	4
— La música.....	2	2'50
SCHLEGEL (A. G.)— Teoría é historia de las Bellas Artes	2	2'50

LA PERFECCIÓN EN LAS ENFERMEDADES

JOYAS DE LA MÍSTICA ESPAÑOLA



LA PERFECCIÓN

EN

LAS ENFERMEDADES

por

EL P. LUIS DE LAPUENTE



MADRID

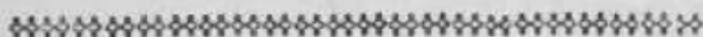
LA ESPAÑA EDITORIAL

Cruzada 4, bajo dcha.

Es propiedad de los Editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID.—Imp. de Felipe Marqués,
Madera 11, bajo.



I

De las causas por qué nuestro Señor envia las enfermedades, y de los provechos que saca de ellas para perfeccionar á sus escogidos.

Si los obreros de nuestro soberano Padre de familias hubieran de trabajar no más que corporalmente como los segadores y cavadores, fuera menester que llevara á todos por el camino de la salud y fuerzas corporales, pues con la enfermedad no pudieran cumplir la tarea del trabajo para que les llamaba; mas como sus obras son principalmente espiritua-

les y crecen en la perfección, no solamente haciendo, sino padeciendo, de aquí es que tiene Dios caminos muy diversos, por donde suele guiarlos á un mismo fin, esto es, á que sean perfectos. Y á unos da salud entera y complexión fuerte para ejercitar las obras de virtud propias del cuerpo y también las del espíritu, cuyo instrumento es el mismo cuerpo, y cuando está sano y fuerte, puede servirle con provecho; pero á otros carga de enfermedades y dolores que son más á propósito para el camino de padecer, proporcionando al espíritu ocasión de ejercitar

las heroicas virtudes, que andan juntas con la paciencia; *cuya obra*, como dijo el apóstol Santiago, *es muy perfecta*, porque el padecer también es obrar, y los muy sufridos son obreros muy escogidos; y cuando llegan á ser diestros en ambas cosas, creciendo con la salud y con la enfermedad, entonces son del todo perfectos.

Mas ¿quién podrá declarar los secretos de la divina Providencia en la distribución de estas dos suertes? Porque nuestro Señor, cuanto es de su parte, más quisiera que los hombres tuvieran su naturaleza sana y vigorosa, para que

cuerpo y espíritu le sirvieran en todo con alivio y gusto; y así en el estado de la inocencia crió á los hombres sanos y libres de toda enfermedad, y aun después del pecado se conservaron mucho tiempo con salud muy fuerte. Y por gran favor los israelitas, como dijo David, por espacio de cuarenta años, que anduvieron en el desierto, estuvieron libres de enfermedades, para que pudiesen siempre caminar á la tierra de promisión y pelear contra los enemigos que defendían la entrada en ella; porque no hay duda que la salud y fuerzas corporales de suyo ayudan mucho á

caminar por el desierto de esta vida, en busca de la tierra de promisión eterna, haciendo guerra á los demonios y á los vicios con obras muy heroicas de grande provecho para el alma, de mucha edificación para la Iglesia, y de singular ayuda para el prójimo, ejercitando rigurosas abstinencias y asperezas y las obras de misericordia, así las corporales sirviendo á los enfermos y hospedando á los peregrinos, como las espirituales gobernando, predicando y ejercitando otros ministerios en bien de los prójimos; y por esta causa el Adán celestial, aunque tomó

otras miserias del Adán terreno, no tomó, como dice Santo Tomás, la de las enfermedades corporales, que no se avenía con su excelente complexión. Y también preservó de ellas á la Virgen nuestra Señora, á San Juan Bautista, y á muchos esclarecidos Santos, que, con especial vocación, llamó para obras muy grandes, previniéndoles con mucha salud y cuerpos muy robustos para sufrir tan excesivos trabajos. Y los que han recibido este don, han de procurar, como dice San Basilio, conservarlo, diciendo á nuestro Señor como David.

Fortitudinem meam ad te cus-

todiam, conservaré para ti mi fortaleza. Tenía experiencia este santo rey de lo mucho que había hecho con la salud, y fuerzas que Dios le había dado, acometiendo osos, desquijarando leones, venciendo gigantes, desbaratando ejércitos, *y matando con una sola embestida ochocientos enemigos*. Y pareciéndole que no era bien destruir con indiscreciones este don tan precioso, dijo al Señor que se lo dió: *Yo guardaré esta mi fortaleza, no para mí, sino para ti; no para buscar cosas de mi gusto, sino del tuyo; no para honrarme, sino para honrarte, y servirte*

con ella. Y si tú también guardas para Dios la fortaleza que te ha dado, podrás con su ayuda, domar las fieras de tus pasiones, vencer los gigantes del infierno, destruir el ejército de los vicios, y llevar á cabo empresas muy gloriosas, creyendo que la divina vocación te guía por este camino para salir con ellas.

Pero es tan grande nuestra miseria, que la salud que Dios nos da para servirle, la convertimos en instrumento de ofenderle; y las fuerzas que habíamos de emplear en buscar las virtudes, empleamos en seguir los vicios, especialmen-

te los dos que San Gregorio llama carnales, porque se ejercitan con el cuerpo, y tienen por fin los deleites de la carne ó los del gusto, en que se ceba la gula, ó los del tacto, que son cebo de la lujuria; pues en los cuerpos sanos y robustos suelen brotar con mayor vehemencia las pasiones de la sensualidad, y como hallan mayor gusto en las cosas deleitables, vanse sin freno tras ellas. Y para que veas tu miseria en la ajena, mira cuán mal se aprovecharon los hebreos de la salud y fuerzas que Dios les dió en el desierto: si les faltaba el agua, murmuraban contra Moi-

sés con tanta impaciencia, que temió no le apedreasen en su furor; cuando les faltaba la comida, se embravecían de manera, que quisieran más haber muerto en Egipto que padecer aquel trabajo; y cuando tenían abundancia de maná, presto les fastidió y tornaron á murmurar, estimando en más los ajos y cebollas que comían en Egipto, porque eran más conformes á su gusto. Y en ausencia de Moisés se sentaron á comer, y luego se levantaron á jugar, y el juego paró en idolatrar. Y otra vez adoraron los ídolos de las mujeres moabitas, por cumplir su gusto carnal

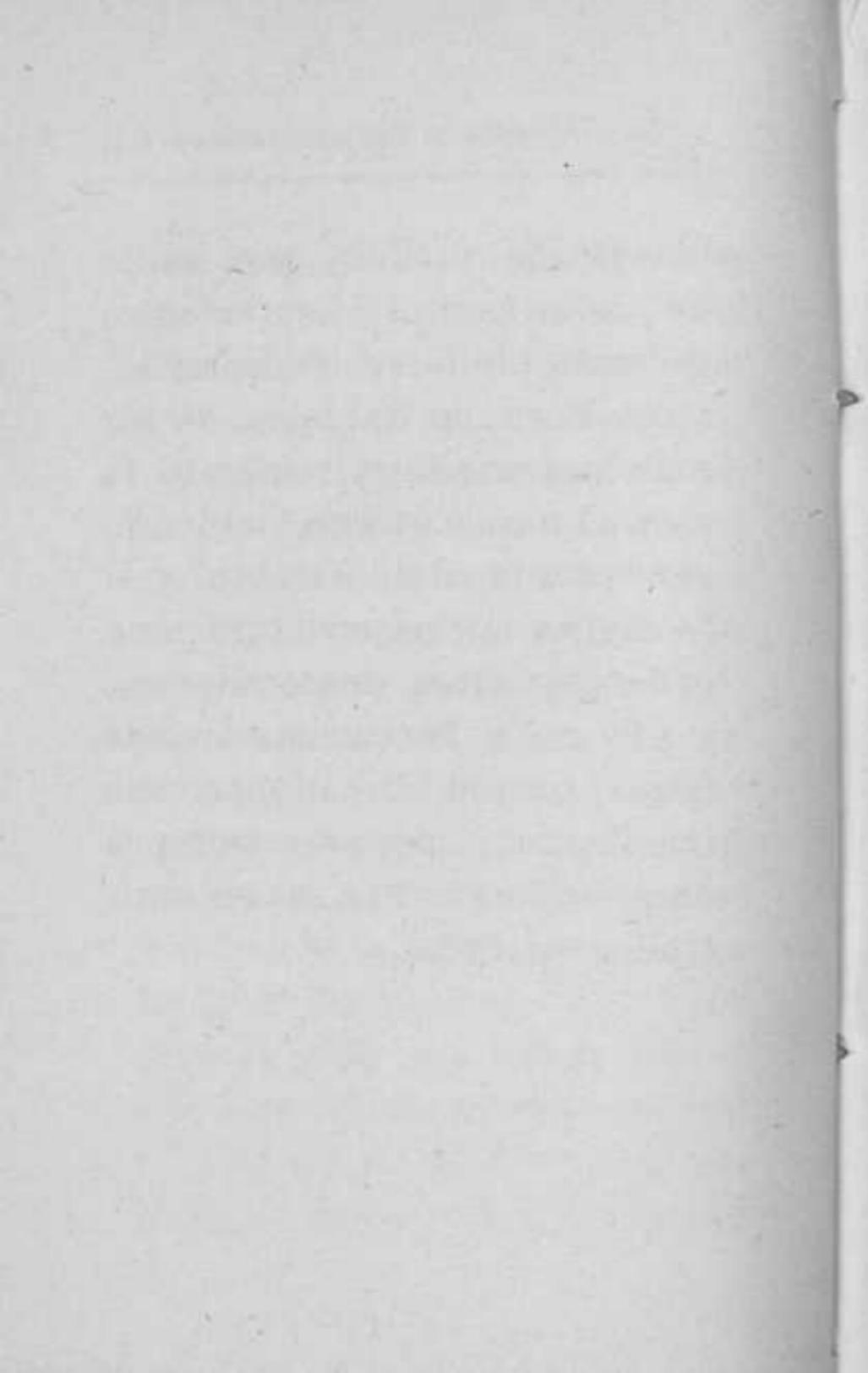
con ellas. Finalmente, como dijo Moisés, *Incrassatus est dilectus, et recalcitravit*; engordó el amado, y tiró coces contra Dios, dejando al Señor que se las dió. Estos son los frutos de la salud y fuerzas corporales mal domadas; porque como el caballo brioso y fuerte, si toma bien el freno honra al caballero y le saca del peligro, pero si es indómito y desbocado le despeña; así el cuerpo, que es como caballo del alma, cuando está sano y fuerte, si juntamente está bien rendido y enfrenado con el freno de la razón, es honra del que le rige; y, como dijo Dios á Job, *va al*

encuentro de los enemigos, no teme las batallas, está fuerte en los peligros, y sale victorioso de ellos; mas si no está bien domado, despeña á la miserable alma en los vicios á que está inclinado. ¿Quién contará las glotonerías, embriagueces y las idolatrías de su vientre, á quien tiene por su Dios? ¿Qué diré de los juegos y pasatiempos y de las carnalidades de su sensualidad, á quien reconoce por señora? ¿Qué de sus murmuraciones y furores, y de las venganzas que inventa contra los que le impiden sus gustos y pretensiones? Y si con la salud se junta hacienda y

poder, de todas tres hace armas para turbar el reino de las virtudes, y entronizar en su lugar todos los vicios. *Tres cosas, dice el Sabio, turban la tierra, y la cuarta no se puede tolerar: el siervo cuando reina, el necio cuando está harto, la mujer rencillosa cuando se casa, y la esclava que hereda á su señora.* ¿Quién es el siervo que reina, sino el cuerpo sano y fuerte que preside en el reino del alma, y tiene poder para cumplir lo que desea? Y ¿quién es el necio harto, sino el apetito sensitivo, criado con abundancia de manjares y con fuerzas para cumplir

sus gustos? Y ¿quién será la mujer rencillosa que se casa, sino la sensualidad briosa, que quiere igualarse con el espíritu, y le affige si no le da todo lo que pide? Y ¿quién la esclava que hereda á su señora, sino la carne, que se alza con las riquezas que había de gobernar la razón y las emplea todas en sus regalos? Estas cuatro cosas turban la conciencia, alteran la familia y descomponen la república, porque no guardan el orden que Dios manda y la prudencia dicta; mandando como rey al cuerpo que había de servir como esclavo; y comiendo y bebiendo

el apetito furioso, que había de andar siempre hambriento; gobernando la sensualidad como señora, no habiendo de ser más que criada; y teniendo la carne cuanto quiere, debiendo ser tratada como esclava; y si la divina misericordia no pone orden en estos desconciertos, y no quita las armas á estas fieras, no tendrán número sus insolencias; porque siempre emplearán sus fuerzas en multiplicar pecados.





II

De los bienes de la enfermedad.

Pues por aquí verás la suave providencia de nuestro Dios, el cual, viendo á muchos de sus escogidos caidos en estas miserias, por la salud y fuerzas corporales que les ha dado, ó habiendo penetrado mucho antes con su altísima sabiduría que caerían en ellas, si viviesen sanos y fuertes, determina de llevarlos por el camino de las enfermedades y dolores,

para atajar todos estos daños y enriquecerlos con sus divinos dones.

Porque las enfermedades doman los caballos desenfrenados de nuestros cuerpos y enfrenan la furia de sus pasiones, para que no prevalezcan contra el espíritu que no podía domeñarlas; porque, como dice San Gregorio, la carne que no es afligida con dolores, está desenfrenada en las tentaciones. Y ¿quién ignora que es mucho mejor arder con las llamas de las calenturas que con el fuego de los vicios? Y si te acuerdas de este fuego, no te quejarás de esta llama que te

preserva de tal incendio; pues por esto dijo Dios á Job, cuando estaba enfermo: *Acuérdate de la guerra, y no hables más palabra.*

Y si me dijeres que el caballo enflaquecido con la enfermedad parará en medio de la carrera, antes has de creer que dispone Dios la enfermedad para que le sirva de freno en la carrera que andaba de los vicios, y, por consiguiente, de espuela para que pase adelante en las virtudes. Acuérdate, dice San Gregorio, de aquel mal profeta Balaam, que caminaba en una burra para maldecir al pueblo de Dios;

pero la burra impidió su camino, porque vió un ángel que le amenazaba con una espada: y aunque Balaam la hería con la vara, nunca quiso pasar adelante; antes le apretó el pie contra la pared, y después se echó sobre él, para que ni á pie pudiese proseguir su camino. Y entonces por la boca de la jumenta le habló el ángel, y le abrió los ojos para que viese el peligro en que estaba; y postrándose él en tierra, le aderó y se ofreció á ejecutar cuanto le mandase. Y ¿qué fué todo esto, sino avisarnos que la carne apretada con los dolores detiene los malos pasos

del espíritu y corrige sus demasías, siendo ocasión de que abra los ojos para ver al invisible Dios que le castiga, y humillando su altivez se postra á los piés de su Criador y se ofrece á dejar sus malos pasos, para andar de nuevo otros mejores?

Y ¿qué mejores pueden ser, que poner en orden los cuatro desórdenes que su prosperidad causaba? Porque la enfermedad quita al cuerpo el cetro que tenía, y tiénele rendido como siervo. Ella priva al necio de su hartura, haciéndole cuerdo con la pena; doma los bríos de la sensualidad briosas,

para que tenga paz sujetándose á la razón. Y también quita á la carne la herencia que tenía, haciendo que como esclavo se contente con lo peor y más trabajoso de esta vida.

Y por consiguiente, lo que hacen las disciplinas, ayunos y asperezas corporales en los sanos, eso obran también las enfermedades y dolores en los enfermos; y con un modo más seguro y perfecto, porque van limpios de voluntad propia y vanagloria, y mortifican el corazón en lo más vivo; y aunque en su raíz son necesarias, pero la divina gracia las hace voluntarias, convirtiendo la

necesidad en materia de virtud, gustando tanto de padecer sus dolores, que á los forzosos añaden por su elección otros muchos, con que se hacen muy esclarecidos.

Grande loa ganó el santo Job con la vida ejemplar que llevaba cuando estaba rico y sano; pero el demonio, como pondera San Juan Crisóstomo, no hacía caso de esta su virtud, porque peleaba vestido de grandes riquezas; y aunque después, cuando se las quitó, dió grandes muestras de su santidad, tampoco se dió Sata-nás por satisfecho de ello, porque peleaba con cuerpo sano;

mas cuando Dios le dió licencia de tocarle con enfermedades, hiriéndole de piés á cabeza con llagas y dolores, y vió que todavía descubría más heroicas virtudes, enmudeció dándose por vencido del que corría tan ligeramente con lo adverso, como había corrido en lo próspero. Pero ¿cómo corrió en sus enfermedades y dolores? La misma Escritura lo declara, cuando dice: *Que raía la podre con una teja.* Poco caso hacía de sus dolores, quien limpiaba sus llagas, no con lienzo blando, sino con una dura teja que los aumentaba; y con este espíritu decía:

¡Oh, quién me diese que el que ha comenzado á afligirme con dolores me desmenuzara con ellos, soltara su mano, y si fuese menester me cortara por medio! ¡Oh, heroica paciencia! ¡Oh, resignación magnánima! ¡Oh, dichosa enfermedad, que así hace subir de punto la virtud!

Ya no me espanto de que San Timoteo padezca grandes enfermedades y continuo dolor de estómago, y con todo eso beba agua, con que le acrecienta. Ya no me admiro de que Dios no quiera quitar á San Pablo *el estímulo de su carne*, que, como dice San Agustín,

era una enfermedad, ó dolor corporal muy grave, pues le dice: *Virtus in infirmitate perficitur*, la virtud se perfecciona en la enfermedad; y en no nombrar una virtud particular, da á entender que se perfeccionan todas. Perfecciónase la caridad con Dios, mortificando el amor propio; la misericordia con el prójimo, aprendiendo de la propia miseria á compadecerse de la ajena; la obediencia, conformando su voluntad con la divina en todo lo que da pena; la prudencia, en aceptar el tormento del cuerpo con alegría del espíritu; y las demás vir-

tudes morales, cuando pasan por este crisol, salen como el oro, más resplandecientes, por la ocasión que tienen de vencer mayores dificultades y ejercitar sus actos más heroicos.

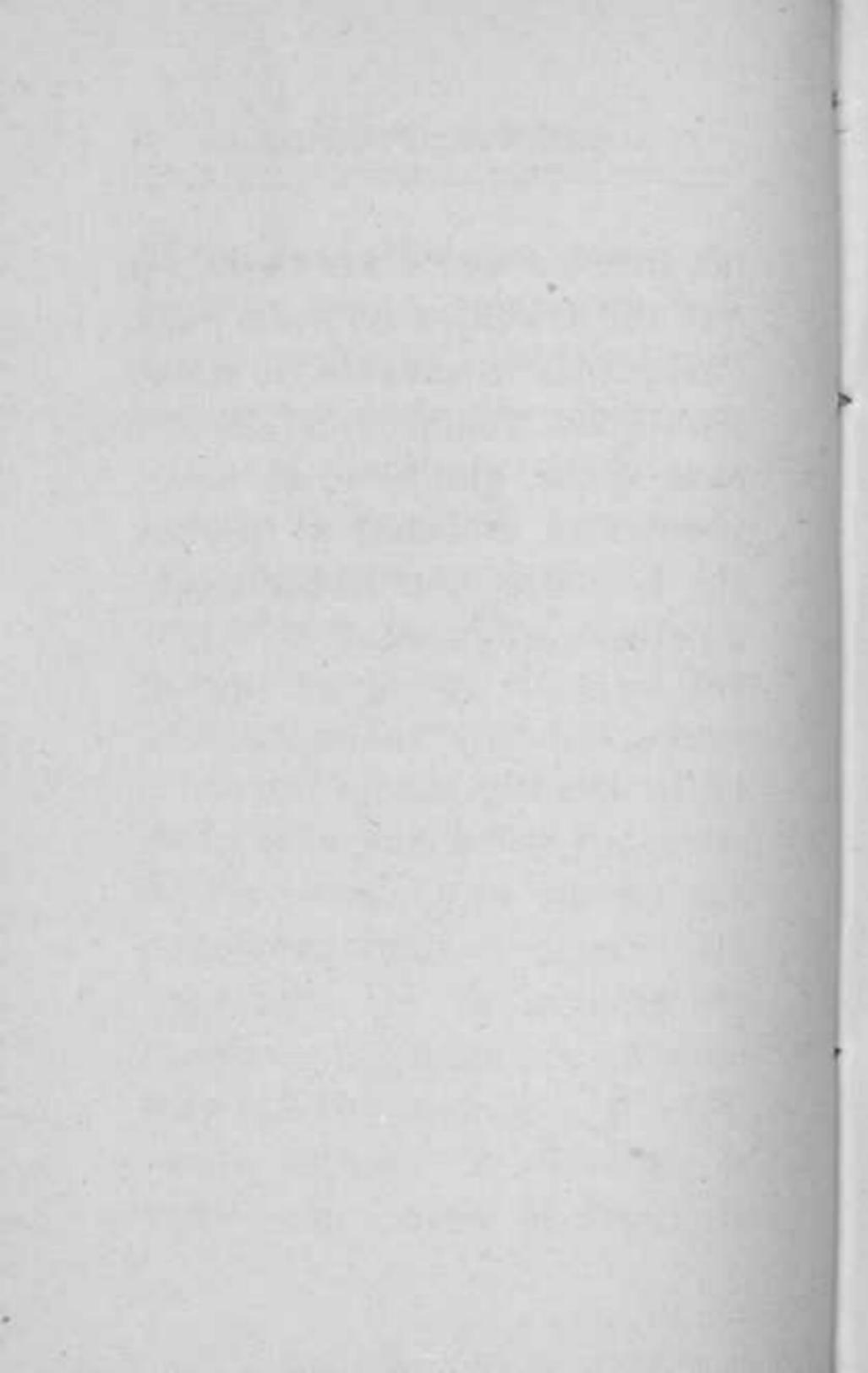
Pues ¿qué diré de la eficacia que tienen las enfermedades para purificar el alma, en esta vida, de lo que impide la entrada en la gloria? Porque como Lázaro el pobre, por la heroica paciencia que tuvo en sus dolores, luego que murió fué llevado por los ángeles al descanso, así tus largas enfermedades te servirán de purgatorio para que, purificado por ellas, puedas en muriendo en-

trar luego en el cielo: mas si nuestro Señor quisiere restituirte la salud, las enfermedades habrán servido para enseñarte el modo como has de usar de ella, siguiendo el consejo que Cristo nuestro Señor dió á aquel enfermo á quien dijo: *Toma tu litera á cuestras, y anda.* Tu cuerpo, dice San Ambrosio, es lecho y litera del alma; y cuando ella está enferma con vicios y pecados, el cuerpo la lleva arrastrando con el ímpetu furioso de sus pasiones; mas cuando ella sana de sus enfermedades espirituales, comienza á llevar sobre sí al cuerpo á donde quie-

re, y él se deja llevar y le está muy sujeto. Pues ¿qué es decir Cristo, toma tu litera y anda, sino: ya que has padecido tantas enfermedades y trabajos con paciencia, yo te restituyo la salud del cuerpo y del alma con entero señorío del alma sobre el cuerpo, para que los dos á una caminen de virtud en virtud hasta llegar á la cumbre y perfección de todas? Pero en tal caso no te tengas por seguro, pues de la misma salud que Dios te da, aunque sea por el sacramento y por milagro, puedes usar mal, acordándote de lo que el Labrador dijo al mismo enfermo:

Mira que estás ya sano, no quieras pecar, porque no tor- nes á perder la salud con mucho mayor daño. Oye lo que te avisa el Sabio, como divina- mente declara San Gregorio: No entregues tu honra á los extraños y tus años al cruel; porque no gocen ellos de tus fuerzas, y tus trabajos pasen á la casa ajena, y llores al fin de la vida por haber consumi- do tus carnes y tu cuerpo sin provecho; como si dijera: No degeneres de la nobleza de hombre, ni gastes tus años en servir á tus enemigos y á Sa- tanás, capitán de ellos; no es razón que lleven el fruto de

las fuerzas que Dios te dió, y que tus trabajos no sean para enriquecer la casa de tu alma, sino para llenar con ellos la casa ajena, que es el infierno, perdiendo la salud y fuerzas sin remedio, por haber usado de ellas con pecado.





III

De la providencia de Dios acerca de nuestras enfermedades.

Lo primero considerarás la providencia tan maravillosa que nuestro Padre celestial tiene de los hombres en el repartimiento de las enfermedades, dando á uno muchas y á otro pocas; á uno graves y á otro ligeras; á uno largas y á otro breves; á uno en una parte del cuerpo y á otro en otra; ordenando todo esto para bien y provecho de sus escogidos. Y

en particular, que la que le ha cabido en suerte, es por esta paternal providencia para bien y salvación de tu alma.

Para lo cual has de ponderar que este soberano Dios es tan sabio que conoce clara y distintamente todas tus enfermedades y dolores, por muy secretos que sean, y las raíces y causas de ellos, y sus remedios, y las fuerzas que tienes para llevarlos, y las que él puede añadirte con su gracia; de modo que nada se le encubre, ni por ignorancia te dará lo que no te conviene, ó te cargará más de lo que puedes llevar ó te dejará de cu-

rar cuando bien te estuviere.

También es tan poderoso, que puede preservarte de todas las enfermedades para que no caigas en ellas; y si te dejare caer, puede en un momento curarte con solo su palabra ó con medicinas; ora sean muchas, ora pocas, ora las más convenientes por su naturaleza, ora las más contrarias, porque á su omnipotencia nada es imposible ni difícil.

Finalmente es tan bueno, tan santo y amoroso, que ama á los suyos más que ellos pueden amarse; y cuanto ordena por su providencia, es á fin de hacerles bien, y de que se sal-

ven, ordenando los bienes y males del cuerpo para la perfección y salvación del alma; de donde resultará mucho mayor bien al mismo cuerpo. En estas tres divinas perfecciones estriba la suavidad, eficacia y alteza de la divina providencia para nuestro provecho. Por lo cual la iglesia en una colecta ora por todos los fieles de esta manera: *Dios, cuya providencia en su disposición no se engaña, humildemente te suplicamos, que apartes de nosotros todas las cosas dañosas, y nos concedas las que han de ser provechosas.*

Pues si esto es así, como en

verdad lo es, ¿cómo no te alegrarás con tus enfermedades, viniendo trazadas y ordenadas por la sabiduría, omnipotencia y bondad de tu Padre celestial? Si él es el que las envía, y sabe quién eres tú á quien les da ¿de qué temes? ¿de qué te congojas? ¿Temes engaño? No es posible, porque las trazó su infinita sabiduría. ¿Temes flaqueza? No hay de qué, porque asiste á todo su misma omnipotencia. ¿Temes malicia? No es creíble, porque toda nace de su inmensa bondad y caridad. No mires la enfermedad desnuda por lo que parece por de fuera, que te

pondrá miedo y grima; mírala vestida con la sabiduría, omnipotencia y bondad de Dios, y de esta manera te parecerá hermosa y muy suave, y que te está diciendo: *Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalem; negra en el color propio, hermosa por el color de mi vestido; si huís de mí por la negrura que tengo de mi cosecha, abrazadme por la hermosura que me añade la divina providencia. Con estos sentimientos has de tomar aquel admirable consejo del Eclesiástico que dice: *Todo lo que te fuere aplicado, recíbelo en tu dolor; sufre, y en tu humillación ten pa-**

ciencia, porque como la plata y el oro se purifican en el fuego, así los hombres que han de ser recibidos en el cielo son probados en el fuego de la humillación. Si estás enfermo, y tras la enfermedad se te siguen otras muchas amarguras y humillaciones, recíbelas todas; porque Dios es el que te las envía y aplica con su paternal providencia. ¿Quieres ser precioso y resplandeciente como la plata y el oro? No rehuses pasar por el horno de la enfermedad donde has de ser purificado y cobrar el resplandor que habías perdido. ¿Deseas ser recibido en el cielo? Gusta

del trabajo que tienes estando enfermo, porque los que han de ser recibidos en los eternos descansos, han de pasar por semejantes trabajos. Oye lo que dice el espíritu de este Padre celestial: *Hijo mio, no desprecies la disciplina del Señor, ni te congojes cuando te corrige, porque castiga al que ama, y acota al hijo que recibe. Si quieres, dice San Agustín, ser contado en el número de los hijos y ser uno de los que han de ser recibidos por herederos, no rehusés ser del número de los castigados. Recibe el castigo de la enfermedad para que te reciba Dios en el reino de su gloria.*

Luego has de considerar que este Dios sapientísimo, como *dispone*, según dijo el Sabio, *todas las cosas en número, peso y medida*, así dispone las enfermedades y dolores, guardando muy cumplidamente estas tres cosas; porque con su providencia señala y cuenta el número de las enfermedades que has de padecer, el número de los días que ha de durar cada una y el número de las horas que ha de durar el frío, la calentura, la sed y la aflicción, y el número de todas las cosas penosas que han de acompañarla, de tal manera, que ningún médico de la tierra,

por ninguna industria humana ni por ninguna violencia, con buena ó mala intención, puede alargar ni acortar este número; y si alguno acorta ó alarga la enfermedad, todo esto cae debajo de la divina providencia, que por aquel medio dispuso acortarla ó alargarla.

Asimismo, este Señor dispone con peso la enfermedad, tasando la gravedad y vehemencia de ella, de modo que no sea más pesada de lo que pueden soportar las fuerzas del enfermo, según el caudal que tiene; los médicos no pueden quitar de este peso con su arte, y cuando le quitan y dan

alivio, es por providencia del Señor que lo dispuso. Y aunque dijo San Pablo, contando sus trabajos: *Fuimos gravados y cargados sobre toda manera, y sobre nuestras fuerzas, de modo que tuvimos tedio de la vida;* pero esto mismo lo ordenó la divina providencia, añadiéndole nuevas fuerzas, para que llevase la carga que excedía á las antiguas.

Finalmente, este Señor tasa la medida del cáliz que has de beber en la enfermedad, sin que sea posible echarte una gota más, mas no dejarás de beber una gota menos. Y si el cáliz es grande ó pequeño, ó

si es puro ó mezclado, todo viene por la tasa de este Señor, que, como dice David, *da la bebida de lágrimas* con medida.

Pues ¿de qué te congojas, hombrecillo, cuando te ves apretado con las enfermedades, si tienes fe viva del número, peso y medida que Dios ha señalado para ellas? Si te aflige el número de los días por ser largo, ó el peso por ser grave, ó la medida por ser grande, mira que quien tasa todo esto, es tu padre y tu médico, tu criador y tu redentor; y toda esta tasa es necesaria para purgar tu alma y sanarla, y para que alcance el fin

de su bienaventuranza eterna. Si la plata y el oro han de ser purificados enteramente, es menester que algún tiempo estén en el crisol, y con la clase de fuego que juzgare el platero, porque no basta cualquier fuego, ni cualquier tiempo: ¿cuánto más será menester que estés en el crisol de la enfermedad el tiempo que Dios te señalare, con la intensión del fuego que él quisiere, para salir tan acendrado y resplandeciente como te conviene? Pensabas que el número de tus días era largo, y visítate con la enfermedad, para que veas que es incierto y quizá muy

corto. Levantábaste en alto con soberbia, llevado del viento de la vanagloria, y púsote el peso de la enfermedad aquel Señor que pone peso á los vientos para humillar á los soberbios. Derramábaste sin medida en los deleites de esta miserable vida, y el Señor, que puso medida á las aguas del mar, te dió una medida de amarguras con que enfrenases tus carnales concupiscencias. Sujétate á su amorosa providencia en el número, peso y medida de las penas, y experimentarás muy en breve el número, peso y medida de las coronas.

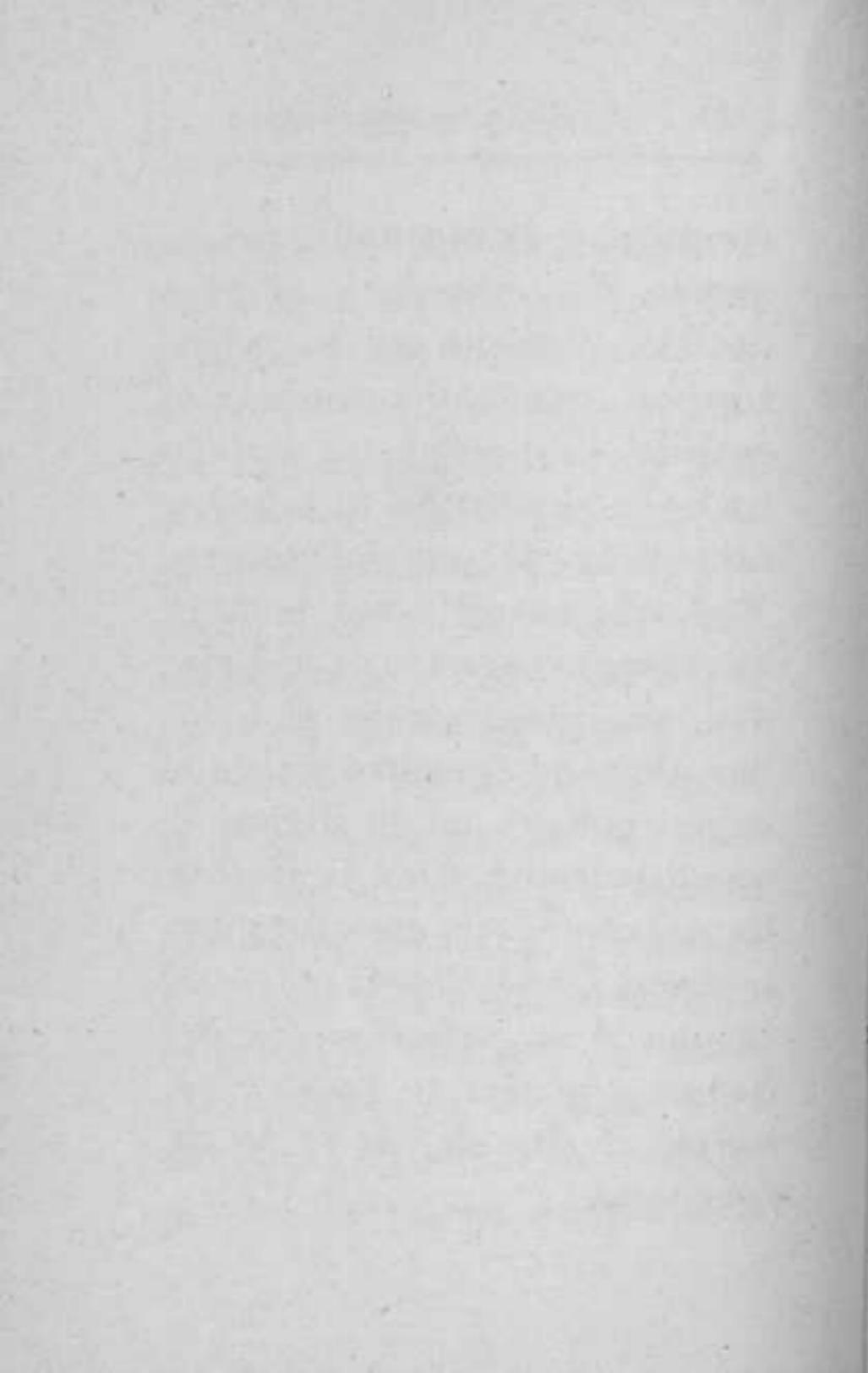
De aquí has de pasar más adelante, considerando que también caen debajo de la divina providencia los yerros que se cometen acerca de las enfermedades por ignorancia ó descuido de los médicos ó enfermeros, y de otras cualesquier personas; y aunque ellos les hiciesen con malicia, no se encubren á Dios que los permite, y podrá y querrá sacar de ellos aciertos para el fin que pretende en su alta providencia; porque muchas veces lo que el médico hizo por ignorancia ó descuido, es lo que te importaba para tener salud; y si hiciera lo que él pensaba ó

había de ordenar según su arte, fuera causa de tu muerte; y Dios lo dispuso así para estorbarla. Como también sucede permitir que se engañe y yerre, porque así conviene para bien del alma, dando fin á esta triste vida; y cuando se te ofrecieren semejantes sucesos, no mires al yerro, porque no te aflijas, sino al Señor, que lo permitió, para que le consueles. Como aquel santo viejo, de quien cuenta San Dorotheo que, estando enfermo, el enfermero que le guisaba la comida, por echar miel en ella le echó aceite de linaza. Y como el enfermero se affligiese

cuando vió su descuido, el buen abad le consoló diciendo: *No te aflijas, hijo, que si Dios quisiera que echaras miel en la comida, él lo dispusiera con su providencia, y estorbara que no echaras el aceite de linaza; y pues no quiso hacerlo, razón es que yo y tú nos alegremos con el orden de su divina providencia, de la cual procede todo nuestro bien y nuestro consuelo y alegría.* Y si por esta causa la enfermedad se dilatare, este yerro será acierto, en cuanto llena el número y el peso de ella que Dios tiene señalado para tu provecho. Toma, pues, otro admirable con-

sejo del mismo Eclesiástico, que dice: *Humilla tu corazón y sufre, y no te apresures en el tiempo del aprieto, sino sufre las cargas de Dios y sus dilaciones, aunque te parezcan grandes. Júntate con él por amor, fiándote de su amorosa providencia, y sufre para que en el fin crezca tu vida y medres en la eterna.* Tres veces le dice que sufra los aprietos de la enfermedad y aflicción; porque ha de sufrir el número y el peso y la medida, sin darse prisa demasiada por abreviar el número, ó quitar algo del peso, ó acortar la medida; porque la prisa aumenta la

congoja, y por mucha priesa que te des, has de ir al paso de Dios, aunque sea muy lento; porque cuando caminan el esclavo y el señor, el esclavo ha de ir al paso de su señor, y no el señor al paso del esclavo. Y el vil gusanillo del hombre ha de seguir el paso de su Criador, sin querer traer al Criador á que se apresure y siga el suyo, porque no le digan lo que dijo Judih á los de Bethulia: *¿Quiénes sois vosotros para tentar á Dios? Habéis señalado tiempo á la misericordia del Señor, y ponéis en vuestro albedrío el día en que os ha de favorecer.*





IV

De las enfermedades que nos vienen por nuestros pecados, en que resplandece la divina justicia con la misericordia.

Aunque es verdad que algunas enfermedades son enviadas por algunos fines de la gloria de Dios, como después veremos, á ti te conviene considerar que las tuyas son castigo de tus pecados, ó de los que conoces, porque sabes bien que has ofendido á Dios, ó de los ocultos que no conoces, pero conócelos el juez, que justamente te castiga por ellos. Los

muy santos, dice San Dionisio, padecen estas cosas por la gloria de Dios solamente, porque han sido inocentes y están libres de culpas graves; pero yo, miserable pecador, padezco las enfermedades por mis pecados, y confieso que merezco estos castigos, y en mí se cumple lo que dijo David: *Por su maldad castigaste al hombre, é hiciste que su vida se secase como una araña.* Vuelve, pues, los ojos á lo que padece tu cuerpo flaco y desvirtuado, y por ello sacarás lo que eres en el alma. Y ¿qué ha sido tu alma, sino una araña ponzoñosa, cuya ocupación era des-

entrañarse, tejiendo telas de vanidad que se lleva el viento, y urdiendo telas de codicia para cazar á los prójimos con engaño, y sustentarte de la sangre inocente, ó quitándoles la hacienda ó la fama y honra? ¿Qué araña hay tan seca como tu espíritu? El cual, habiendo de ser como abeja que coge miel de las flores, es como araña sin jugo, ni devoción ó ternura, y seca como una arista. Luego justo es que Dios castigue á tal alma, poniendo su cuerpo también enfermo, flaco y seco como araña. Pues ¿de qué te turbas, miserable, si te dan lo que mereces y te ponen

el cuerpo como tú has puesto el alma? Por esto añade David: *Vane conturbatur omnis homo*; verdaderamente en vano se turba el hombre cuando está enfermo y atribulado, pues él ha dado la causa para ello. Por tanto, Señor, yo me vuelvo á ti, y te suplico que oigas mi oración y atiendas mis lágrimas y pongas fin á mis miserias.

De aquí has de subir más alto á considerar el orden justísimo de la divina justicia, que resplandece en castigar tus culpas con las enfermedades y amarguras que padeces, diciendo con David: *Justo eres,*

Señor, y justo tu juicio. Y con el profeta Miqueas: Yo llevaré sobre mí la ira y castigo de Dios, porque pequé contra él. Justo es que quien usó mal de la salud, la pierda con la enfermedad, y que pague con dolores lo que se desenfrenó en los deleites. La divina justicia me ha puesto en esta cruz; no tengo que decir sino lo que el buen ladrón: Recibo lo que merecen mis obras, y el justo castigo de que soy digno por ellas; y pues la divina justicia es tan buena y tan santa como su divina misericordia, porque en Dios ambas son una cosa, justo es que yo adore, venero y

ame su justicia, y me goce de que la tenga, pues sin ella no fuera Dios. Y pues ella ha de hacer su oficio en los pecadores, gózome de que la haga en mí en esta vida, para que, pagando en ella, quede libre en la otra. Mas en esta consideración no has de mirar á la justicia divina por sí sola; porque de esta manera no es mucho que te atemorice y espante con sus terribles y espantosos juicios, antes bien has de decirle con David: *Señor, no me castigues con tu furor, ni me arguyas con tu ira, si va desnuda de tu misericordia.* Has, pues, de mirar á la justicia, como

está en Dios, hermanada con la sabiduría, caridad, misericordia, clemencia, paciencia, longanimidad y otras divinas perfecciones, con cuya compañía se hace amable y deseable, porque ellas templan el rigor, y hacen que las obras de la justicia vayan con su número, peso y medida, compadeciéndose de nuestra miseria. De aquí es que cuando te vieres apretado de las enfermedades y dolores, no puedes ni debes quejarte, si no es de ti mismo y de tus pecados, ni has de abrir la boca sino para acusarte de ellos. Para lo demás has de estar como mudo, diciendo

con el Profeta rey: *Enmudecí, porque tú, Señor, lo hiciste; aparta de mí tus plagas.* No enmudezco por lo que yo hice, que es la culpa, antes bien la confieso; sino que enmudezco por lo que tú haces, que es la pena, aceptándola por ser obra de tu justa justicia; pero con todo eso te suplico que apartes de mí tus plagas. Tuyas son, Señor, y mías: tuyas, porque tú las envías, y mías, porque descargas sobre mis espaldas; tuyas, porque nacen de tu justicia, y mías, porque yo te provoqué con mis culpas. Perdóname lo que yo hice, y quita de mí lo que tú haces, si así

conviene para servirte con más alivio.

Pero más te consolarás si entras á considerar lo mucho que hace su divina misericordia en este castigo, juntándose con su hermana la justicia, haciéndola que quite mucho del número, peso y medida de los castigos que merecían tus pecados, castigándote mucho menos de lo que merecías por ellos. De modo, que en tus enfermedades no digas solamente como el buen ladrón: recibo la pena de que soy digno; sino antes bien digas lo que está escrito en Job: *Pequé y verdaderamente falté, y no he reci-*

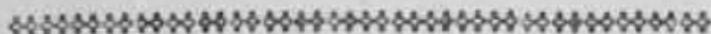
bido todo lo que merecía; porque era digno de mucho mayor castigo. ¡Oh, si ponderases bien lo que merece un pecado mortal, por ser injuria de la majestad infinita y ofensa del Criador y Salvador del mundo, bienhechor infinito, á cuyo servicio estabas obligado por los innumerables beneficios que te ha hecho, y por millones de títulos que te obligan á ello, los cuales atropellaste el día que pecaste! Por lo cual, si se juntasen en ti el número, peso y medida de todas las enfermedades y dolores que se han padecido y padecerán desde que pecó Adán hasta

la fin del mundo, aún no recibirías todo el castigo que merece tu pecado. Pues ¿de qué te quejas con lo poco que padeces, que es casi nada comparado con lo que merecías? No mires á lo que Dios te castiga, sino á lo mucho que te perdona; y alegrarte has más de ver lo que te perdona, que te entristecerá lo que te castiga; y ocúpate más en dar gracias á Dios por los males largos y grandes de que te libra, que en quejarte de los pequeños y cortos con que te aflige. Acéptalos de buena gana en agradecimiento de la merced que te hace, rindiéndote á padecer lo

que tienes todo el tiempo que él quisiere, hasta que quede bien pagado tu pecado. Acuérdate de lo que sucedió á María, hermana de Moisés, la cual fué castigada de Dios con una lepra mortal, porque murmuró de su hermano; y aunque la oración del hermano la libró de la muerte, pero no pudo librarla de la pena, porque le dijo Dios: *Si su padre le escupiera en el rostro, ¿no estuviera siquiera siete días avergonzada? Pues estése siete días fuera de los reales, padeciendo la enfermedad y vergüenza que mereció su culpa.* Y así se hizo, sin que ninguna intercesión

valiese para cortar el número señalado; para que se entienda que la enfermedad que da Dios por pecados, es como saliva que arroja en el rostro del enfermo, no para destruirle, porque es saliva de padre, que escupe porque ama, sino para confundirle y humillarle, corregirle y sanarle; pero esto no se ha de hacer en un momento, ni en un día, sino en siete: significando con este número todo el que es necesario para satisfacer por su pecado. Pues si esto es así, yo gusto, Dios mío, de la enfermedad, por ser saliva que sale de tu boca para sanarme con ella. Escúpeme cuanto qui-

sieres, con tal que para siempre me perdones.



V

De las enfermedades, en cuanto son purgatorio de nuestros pecados y ocasión de grandes merecimientos.

Como las penas del infierno se mudan con otras que se han de pagar en el purgatorio, si no se pagan en esta vida, has de considerar, para tu consuelo, que Dios nuestro Señor tiene dos purgatorios: uno debajo de la tierra, y otro de enfermedades y trabajos en este mundo, y que cada uno excede al otro en algo. El purgatorio de la otra vida excede en

que es pura pena, sin temor de impaciencia, ni de nueva culpa ó mezcla de ella. Y esto es de grande estima, pero es de grande fatiga, porque tampoco hay merecimiento, ni aumento de gracia, ni esperanza de subir á mayor gloria con la pena que se padece; y en cierto modo está allí la caridad muy violentada, más que en esta vida, porque su inclinación es ó estar unida con Dios, viéndole claramente en la gloria y allí descansar como la piedra en su centro, ó subir y crecer siempre, procurando amar más y más, hasta lo sumo que puede, porque de su-

yo no tiene tasa señalada. Y como en el purgatorio no ve á Dios, ni crece para verle más, está fuera de su centro violentada y afligida, porque pena y no medra.

Mas el purgatorio de esta vida, por el contrario, tiene peligro y temor de impacencias y culpas que suelen mezclarse con las enfermedades y aflicciones, aunque no faltan ayudas de Dios para preservarse de ellas. Pero tiene otras grandes excelencias para pagar y purgar las culpas cometidas; porque en la enfermedad, el tormento pequeño en breve tiempo satisface mucho

más que el tormento largo y grande del purgatorio, y el ardor de la calentura de un día podrá rescatar el fuego del purgatorio de un mes ó un año; pues no solamente paga padeciendo, sino satisfaciendo y mereciendo con actos heroicos de caridad, haciendo de la necesidad virtud y ofreciendo á Dios lo que padece por el amor que le tiene. Así como en el mundo es de menos estima la satisfacción que da el reo obligado por el juez á restituir la honra que quitó, que cuando él se humilla por su voluntad y se desdice por hacer lo que debe. Y de aquí es que en el

purgatorio cada alma paga por sí sola, sin poder aplicar nada á la otra; mas en esta vida es tanta la riqueza del que padece, que muchas veces paga todo lo que debe, y de lo que le sobra puede aplicar á otros vivos ó difuntos, y enriquecer con su mérito los tesoros de la Iglesia. De suerte, que si padeces un dia de calentura fuerte y quieres aplicar tu satisfacción por un alma que está ardiendo en el purgatorio, pagas por ella su deuda; y en tal coyuntura, puedes hacer que con tu fuego salga ella libre del suyo y se vaya al cielo, en donde rogará á Dios por quien

tanto bien la hizo. Todo esto ha de serte motivo de gran consuelo, alabando á Dios, que te da aquí tal modo de purgatorio que puedas pagar por ti y por otro, y quitar los estorbos de las manchas que impiden la entrada en el cielo, para que tu caridad siempre siga su inclinación, ó subiendo sin parar á su fin último, ó gozando de él con eterno descanso.

Pero otra mayor excelencia has de considerar en este purgatorio de las enfermedades; porque de tal manera purifica de culpas, que es ocasión de nuevos aumentos de gracia y

de merecimientos de nuevos grados de gloria, con los heroicos actos que en ellas puedes ejercitar de amor de Dios, de conformidad con su voluntad, de obediencia á los médicos, de paciencia en los dolores y otros semejantes. Y como el mismo Dios viene juntamente con sus dones, aumentándose ellos crece la unión con Dios, y él gustará de morar más de asiento en tu alma, y traerá consigo las riquezas de su reino, que son justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. De suerte, que tu enfermedad es para ti raíz de las virtudes, cebo de la caridad, fuente de justicia, prin-

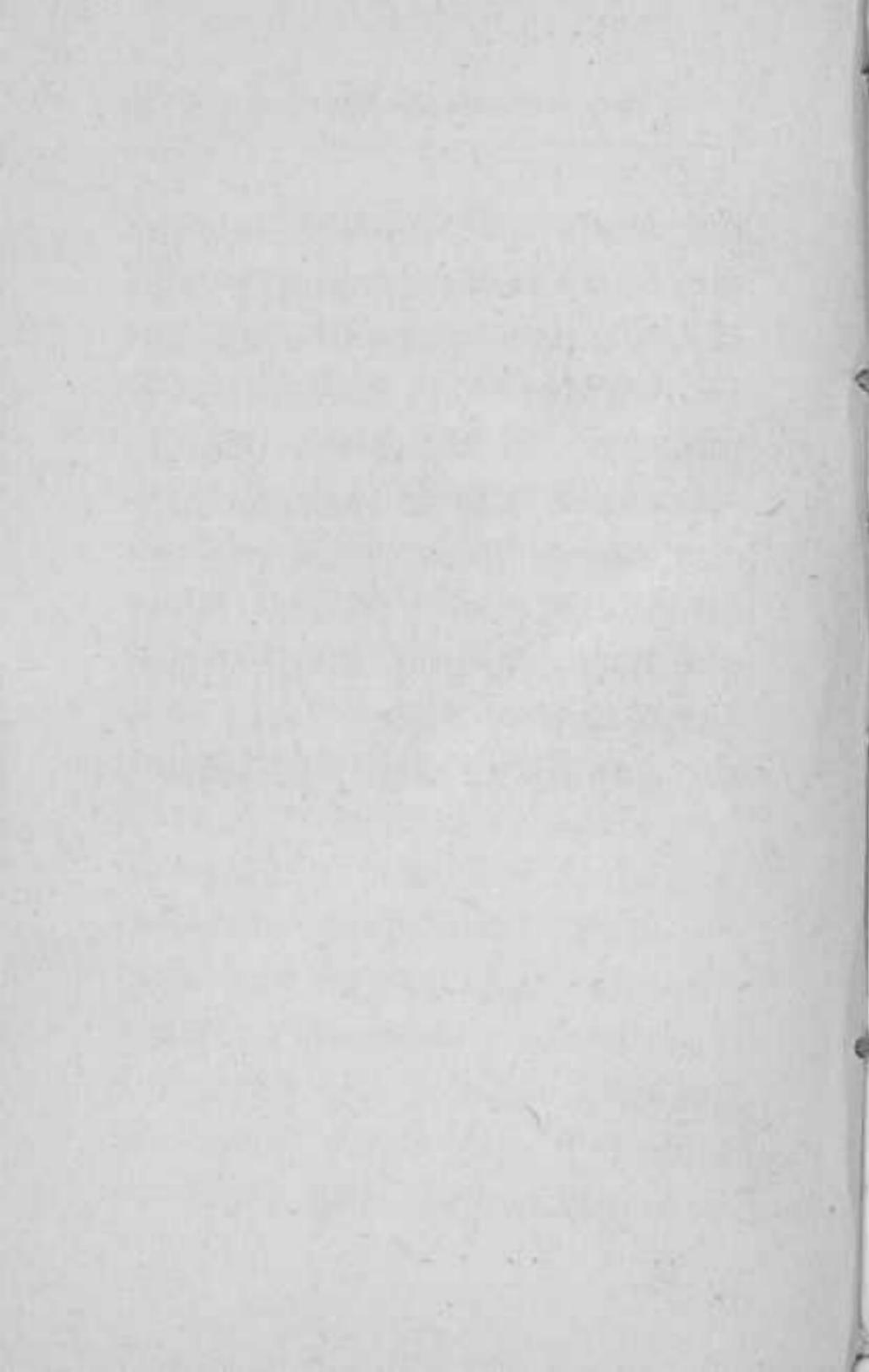
cipio de la paz, semilla del gozo y aposento de Dios en tu alma; y aunque el trabajo pase y la enfermedad se acabe, el fruto no pasa, sino para siempre permanece; y dirás con el Salmista: *Alegrado nos hemos por los días en que nos humillaste y por los años en que experimentamos tantos males;* porque ya pasaron los males y gozamos de los bienes; pasó el llanto y vino el gozo; pasó la enfermedad y vino la salud; pasó la aflicción de la carne y vino el consuelo del espíritu, alegrándose los dos en Dios vivo. Entonces conocerás también por experiencia el tesoro

que estaba escondido en la enfermedad y no le conocías. Y si volviere, la recibirás de buena gana, y aun la desearás y llamarás cuando se tarde.

Aún mayores riquezas puedes descubrir en la enfermedad, añadiendo á los tesoros propios los mismos que habías de ganar con la salud, para lo cual te has de acordar de aquella ley que hizo David en Israel, cuando yendo contra el ejército de los amalecitas, muchos soldados, de cansados, se quedaron á medio camino; y sin embargo de esto, ordenó que se les diese tanta parte de los despojos como á los que ha-

bian seguido á los enemigos. Pues según esto, has de entender que cuando estás en la cama enfermo, y no puedes hacer las obras que solías cuando sano, no pierdes el merecimiento y el galardón que tuvieras haciéndolas como otros, si tienes voluntad eficaz de hacerlas y por no poder más las dejas; porque en el tribunal de Dios la voluntad se cuenta por obra, cuando la obra falta por faltar la posibilidad. Pero es bien que hagas algo, aunque sea poco, en señal y testimonio del deseo que tienes de hacer mucho; y como dijo Tobías á su hijo, *que fuese limosnero*

del modo que pudiese, dando mucho si tenía mucho, y poco si tenía poco, pero liberalmente, con deseo de dar mucho si pudiera, así también, cuando estás sano, has de trabajar mucho como sano; mas cuando estás enfermo y flaco, basta que hagas lo poquito que puedas, como en señal de lo mucho que hicieras si pudieras.





VI

De las enfermedades, por comparación á los premios del cielo que esperamos

Lo primero has de considerar, que la sabiduría de nuestro gran Dios y Señor, como dispone todas las cosas de esta vida mortal en número, peso y medida, del modo que se ha visto, así también ordena las que pertenecen á la vida eterna; pero de tal manera, que el número, peso y medida de los trabajos de esta vida, es breve, finito y moderado: mas el de

los premios tiene un modo de inmensidad é infinidad eterna con tanto exceso, que quien los conoce abraza con sumo gusto cualesquiera trabajos, por grandes y largos que sean, pareciéndoles muy pequeños y breves como expresamente lo enseñó el Apóstol cuando dijo: *Las aflicciones de este tiempo no son dignas de la gloria que se descubrirá en nosotros, y nuestra tribulación momentánea y ligera en esta vida produce sobre toda medida un peso eterno de gloria en el cielo*; de donde claramente puedes sacar, que si tus trabajos te parecen largos y

grandes, es porque no tienes la estima y amor que debes de los premios eternos; porque si estimaras el premio en mucho, tuvieras los trabajos en poco; y si amaras mucho á Dios, sintieras poco el trabajo con que se busca; y si el amor de Raquel hizo que el trabajo muy largo y penoso le pareciese á Jacob corto y suave, también el amor de la vista clara de Dios y de su amorosa contemplación te endulzaría la enfermedad de tal manera que aunque fuese larga, te pareciese breve; y aunque fuese penosa, la tuvieses por suave. ¿Quiénde los apóstoles padeció más tra-

bajos que San Pablo? ¿Quién más tribulaciones y persecuciones? ¿Quién más necesidades y enfermedades, hasta darle de bofetadas el ángel de Satanás con el aguijón de su carne, ora este aguijón fuese algún dolor agudo de ijada, ó alguna tentación fuerte de la carne, ó alguna persecución terrible de la gente de su linaje? Pero esto, y todo lo que padeció por largos años, le pareció tan breve, y tan ligero, que lo llama *momentáneo*, cosa que dura un momento, y se pasa en un instante, y apenas es sentido, cuando ya se ha ido; porque la grandeza del amor de

Cristo, y la grande estima del premio eterno, se lo hacía llevar todo.

Y para que sientas esto más vivamente, considera luego el número, peso y medida de los bienes que esperas en el cielo, en donde dice Cristo nuestro Señor, *que nos dará una medida buena, llena, colmada y que rebose*. Pero qué, ¿tan grande es esta medida? Porque si es pequeña, aunque esté muy llena, y apretada, cabrá poco en ella. Mas el Apóstol dice, que la gloria es *Supra modum*, sobre toda medida, para que se entienda la increíble grandeza que tiene; porque lo que sobra

excede á toda medida de nuestra naturaleza. Has, pues, de imaginar, que esta medida está llena de un número innumerable de todos los bienes, que puedes pensar y desear, con tan gran peso y valor, que no hay cosa en el mundo que se le pueda igualar. En esta medida entran las virtudes, las ciencias, las riquezas, los deleites, las honras, las dignidades y grandezas, y todo género de bienes corporales y espirituales, que el bienaventurado puede desear para estar harto y contento, sin que le falte ninguno; pero todo esto es poco, y no bastara pa-

ra llenar la medida, si el mismo Dios no entrara en ella con toda su sabiduría, omnipotencia, bondad, caridad, hermosura, riquezas y perfecciones infinitas, para llenar y hartar los senos y deseos del alma sin dejar en ella cosa vacía. Este Dios es el número, el peso y la medida de la gloria; es el número, porque siendo uno en sí, abraza todo el número de bienes que están desparramados por las criaturas, y en él solo se gozan todos mucho mejor que en sí mismos; es el peso, porque él solo tiene valor infinito, y cuanto hay en el mundo comparado con él es

de ningún peso; es la medida, porque él se acomoda á los merecimientos de todos, y siendo uno, da más parte de sí á unos que á otros; aunque á todos deja hartos y contentos. En sola una cosa no hay número, ni medida, que es en la duración de esta gloria, porque será eterna y sin mudanza alguna; ni tienen cuenta, ni tasa los años que ha de durar, porque durará cuanto dure el mismo Dios, cuyo ser y reino no pueden tener fin; y si preguntas cuánto vale un día de éstos, responderte ha David: *Un día en tu casa vale más que millares fuera de ella*; pero no sin

causa, dice San Agustín, le llama un día; porque en la gloria no hay muchedumbre de días que se distinguan con la sucesión de las noches: toda ella es un día perfectísimo, al cual nunca sucede noche y en este único día se encierran millones de millones de días; como en un solo y único bien, que es Dios, se encierran todos los bienes. Este es el día de que gozan los bienaventurados, que siempre están cantando y diciendo con alegría: *Haec est dies quam fecit Dominus, exultemus et laetemur in ea*; este es el día que hizo el Señor, alegrémonos, y regoci-

jémonos en él. ¡Oh, día eterno, día alegre, día bienaventurado! ¡Oh, si llegase ya para mí este día, aunque me costase tormentos sin cuento! ¡Oh, alma mía! ¿De qué estás triste, y por qué estás turbada y me turbas con tu tristeza? Si te parecen largos los días de tu trabajo, mira este día, ama este día, suspira por este día, y con esto sólo te parecerán cortos; presto se pasarán estos días en que penas, y vendrá este que vale por todos los días, y te llenará de una alegría que te haga olvidar esta tristeza; un soplo y momento dura el dolor presente, y eterno sin fin

será el descanso futuro; no te guíes por tu juicio apasionado, sino por el de tu Dios sapientísimo y amorosísimo, el cual dice: *Por un punto y en cosa poca te desamparé, y con grandes misericordias te recogeré. Por un momento escondí mi rostro de ti, y con misericordia eterna me compadeceré de ti.* Sea, pues, Señor, así como decís. Yo acepto la enfermedad y la aflicción de este punto y de este momento, aunque á mí me parece largo, con tal que tengáis misericordia de mí, y para siempre me mostréis vuestro divino rostro.

Finalmente, has de consi-

derar cómo todas las enfermedades y molestias que padeces, si las llevas bien, tendrán su fin, por lo menos con la vida, sin temor de que jamás vuelvas á padecerlas, porque en la gloria no hay cosa de cuantas dan pena en la tierra; y por esto dijo la voz del cielo, hablando de los bienaventurados: *Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos, y nunca más habrá muerte, ni llanto, ni grito, ni dolor, porque todo esto ya pasó.* Suelen llorar los hombres, ó por sus pecados, ó por las tentaciones ó persecuciones que padecen, ó por las enfermedades y dolores que les affli-

gen, ó por la falta de bienes que tienen, ó por la ausencia de Dios, á quien desean; pero en el cielo cesarán todas las lágrimas, porque cesarán sus causas: no habrá más pecados, ni persecuciones; no enfermedades, ni dolores; no tristezas, ni congojas; no falta de bienes, ni ausencia de Dios, ni cosa que dé pena; porque todo esto se queda fuera del cielo, y no puede entrar allá cosa que manche ó turbe. Consuélate, ¡oh, alma mía!, de que te ha puesto Dios en este valle de lágrimas con tantas ocasiones de dolores que te provocan á ellas, pues por este valle de affliccio-

nes has de subir á gozar de Dios en el paraíso de los deleites celestiales.



VII

De las enfermedades, en comparación con los dolores de Cristo nuestro Señor en su pasión.

Para consolarte y animarte en tus enfermedades y dolores, has de poner los ojos en aquel Señor que, siendo Dios infinito, se hizo hombre mortal y pasible, á quien su profeta llama *virum dolorum, et scientem infirmitatem*, varón de dolores, y que sabe por experiencia lo que es enfermedad; porque aunque es verdad que no tuvo las enfermedades

que causa el desconcierto de los humores, como son las nuestras; pero tuvo los dolores y congojas que suelen nacer de ellas, con otros tormentos más terribles, como se irá ponderando.

Primeramente has de considerar, cómo Cristo nuestro Señor hizo consigo mismo dos cosas que suele hacer con los grandes Santos, cuando quiere probarlos y ejercitarlos mucho en las enfermedades. La una fué privarse de todo el deleite y consuelo sensible que suele alentar y confortar la carne; y la otra, despertar en la parte sensitiva los afectos

penosísimos de tristeza, temor, tedio y agonía; y como estaba en su mano que estos fuesen intensos ó remisos, quiso que fuesen vehementísimos y que durasen todo el tiempo de su pasión hasta expirar en la cruz para que fuese aquélla más penosa. De este modo padeció el apóstol san Pablo, el cual aunque solía decir *que estaba lleno de consuelo en sus tribulaciones; pero una vez dijo que llegó á estar tan triste, que tenía tedio de la vida, y que por de fuera tenía contradicciones, y por de dentro temores; porque cuando la enfermedad del cuerpo llega á entristecer el*

espíritu, entonces es muy penosa y hace gemir con agonía, diciendo á nuestro Señor como David: *Salvum me fac Deus quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam*; sálvame, Dios mío, porque las aguas de las tribulaciones, no sólo han cercado por de fuera mi cuerpo, sino que han entrado hasta lo interior del alma, oprimiéndola con temores, tedios y tristezas muy pesadas. Mas si te vieras en este aprieto, consuélate á ti mismo con que bebes el cáliz puro, sin mezcla de consuelo, como lo bebió el Salvador para tu remedio y ejemplo. Bástete por

consuelo ser semejante á tu rey eterno, y estar crucificado con él en su misma cruz; porque si de veras te ofrecieres á esto luego se mostrará blando contigo: pues aunque tomó para sí el cáliz puro, gusta de aguarle á sus compañeros, como lo hizo con el buen ladrón, que le hacía compañía, diciéndole: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. Y ¿qué es estar en el paraíso, sino estar lleno de deleites? Y esto será hoy, porque en un mismo día sabe Dios hacer estas mudanzas interiores, dejando en su cruz el cuerpo, y dando al alma su paraíso. Y así es de creer, que desde el

punto que el buen ladrón oyó aquella dulce palabra, comenzó á gustar un licor del paraíso celestial; y aunque no fué más que una gota, ésta bastó para estar con dulzura en la cruz lo que le quedó de vida, llevando con alegría el dolor de quebrantarle las piernas, con que expiró. Imagina, pues, cuando estás en la cama enfermo, que estás crucificado al lado de tu Señor; confiesa su justicia en lo que hace y en lo que tú padeces, deseando conformarte con él en todo; y quizá oirás interiormente alguna palabra de consuelo, que sea prenda de que presto estarás con él en su pa-

raíso, porque su cruz es el madero que endulzó las aguas amargas; y como dijo San Gregorio: *Si passio Domini ad memoriam revocetur, nihil adeo durum quod non aequa animo toleretur*. Si hay memoria de la pasión de Cristo, ninguna cosa hay tan dura que no se lleve con paciencia, y aún también con alegría; bebiendo como leche el agua del mar amargo endulzado con la sangre del Cordero.

Luego considerarás, cómo Cristo nuestro Señor escogió para sí el mayor número, peso y medida de dolores y aflicciones que jamás se padecie-

rón en el mundo; porque como no los padecía forzado, ó necesitado como nosotros, sino movido de su infinita caridad, y por los pecados de todos los hombres, que exceden á todo número, peso y medida que se puede pensar, quiso mostrar en esto la grandeza de su amor y cuán copiosa era su redención.

Ponte, pues, primero á mirar el número de sus trabajos, y hallarás que son innumerables, como lo son nuestros pecados, porque se juntaron para atormentarle los demonios del infierno con su príncipe Lucifer, la canalla del pueblo he-

breo y los escribas y sacerdotes con sus príncipes Anás, Caifás, y los ejércitos de los soldados que tenían Herodes y Pilatos; y todos á porfía le afligían, porque no se tenía por bueno quien no le daba alguna herida, pensando ganar perdones en herirle, y que agradaban á Dios en maltratarle. Cuenta si puedes el número de las bofetadas, de las salivas, de los golpes, de los escarnios, de las injurias y blasfemias que sufrió en casa de Caifás: sólo Dios, dice San Jerónimo, sabe lo que padeció aquella noche; y lo mismo se repitió el día siguiente en

el pretorio de Pilatos. Pues ¿qué dirás del número de los azotes? Porque no se guardó con el Señor el número de treinta y nueve, que tasaba la ley; algunos dicen que llegaron á cinco mil. ¿Qué del número de las espinas, que fueron setenta y dos, agujereando por muchas partes su sagrada cabeza? ¿Qué del número de los dolores que sufrió en el monte Calvario, donde no quedó hueso ni parte de su cuerpo que no tuviese especial tormento? Y aunque él dijo, que en la cruz *le podían contar los huesos*, según estaban de descubiertos y desen-

cajados de sus lugares; pero no pudieron contar los dolores de ellos, porque fueron innumerables.

Ponte luego á considerar el peso de estos dolores, y verás que fué tan grave, que otros hombros que los de Dios no tuvieran fuerzas para llevarle; porque así lo pedía el peso de nuestros infinitos pecados, de que se había cargado para librarnos de ellos. No hizo más en el huerto de Gethsemaní, que tomar esta carga con su imaginación para ver lo que pesaba, y fué tan grande la congoja, que le hizo sudar gotas de sangre. Pues, ¿qué

dirás del peso de los azotes, que dice él mismo de sí, *que fabricaron sobre sus espaldas los pecadores* como si echaran una grande torre sobre ellas? ¡Oh, cuán pesada fué aquella corona, más que si fuera de plomo, pues llegó á sacar tanta sangre! ¿Y qué sientes del peso de la cruz, que le hizo arrodillar con la carga, y fué menester que otro le ayudase á llevarla? ¡Oh, cuán pesado estaba el cuerpo en la cruz, pues con su peso desgarraba los pies y las manos, llenándose á sí mismo de terribles tormentos!

Pasa luego á considerar la

medida de estos dolores, que es tan grande, que en su transfiguración la llamó *exceso*, porque fué medida llena, apretada, colmada y tan excesiva, que por todas partes sobraba y rebosaba; y con ser el cáliz de tanta cabida, y mezclado con tanta mirra y hiel de suma amargura, no quiso dejar de beber ni una gota hasta gustar el vinagre, con que dió fin á las profecías, y acabó su vida padeciendo todo lo que estaba escrito en ellas. Pues ¿cómo será posible, que considerando todas estas cosas, no te alientes á llevar con paciencia tus dolores y enfermedades?

Pensad, dice el Apóstol, en aquel Señor que padeció tal contradicción de los pecadores, para que no os fatiguéis, ni desfallezcáis en vuestros trabajos; pensad tal número de contradicciones, tal peso y tal medida, y veréis que es casi nada la parte que de ella os ha cabido, y alentaos á sufrir como el Señor sufrió la suya. Si quieres consolarte en tu enfermedad, imagina que tu cama es la cruz, los jarabes y purga, la hiel y vinagre; las sangrías y cauterios, son las heridas de los pies y manos; el dolor de la cabeza, es la corona de espinas; las congojas del cora-

zón, son las agonías y sudor de sangre; y si de esta manera acompañas á Cristo en sus penas, él te acompañará y alentaré con sus dones, para que lleves con alegría las tuyas.

Finalmente has de considerar la inmensa caridad de este Señor, que con llevar sus trabajos tan á solas, que dice de sí: *Esperé quien se compadeciese de mí, y no le hubo; busqué quien me consolase, y no le hallé*, porque la presencia de su madre, y de sus amigos, antes bien acrecentaba sus dolores; sin embargo de esto, como dice San Lorenzo Justiano, quiso también cargarse

de todo el número, peso y medida de los trabajos, dolores, enfermedades y aflicciones de sus escogidos, sintiéndolos en el huerto de Gethsemaní como si fueran propios, y aplicando sus tormentos para merecer alivio y fuerzas con que ellos llevasen los suyos, y uniéndolos consigo para que fuesen más aceptos. ¡Oh, alteza inmensa de la caridad de Cristo! ¡Oh, inmensidad infinita de su divina misericordia! Bien te bastaban, Señor, tus innumerables é inmensos trabajos, sin cargarte de los ajenos; mas para tu caridad todo es poco, y en tu misericordia todo ca-

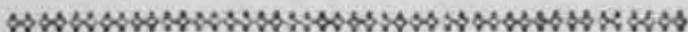
be. Pues ¿qué te daré yo por este amor tan sin medida, sino tomar tus trabajos por míos, y sentirlos mucho más que los propios? ¿Con qué te pagaré esta misericordia tan inmensa, sino con llevar de buena gana por tu amor mis trabajos, juntándolos con los tuyos, para que te sean más aceptos? Ofrézcode mi sed por la que tú padeciste, y unida con ella, para que te agrade. Ofrézcode mi hastío, y mi amargura por la que sentiste tomando el vino mezclado con hiel. Ofrézcode el cansancio que siento en esta cama, por el quebrantamiento que tuviste en la tuya

de la cruz. Mis dolores se junten con los tuyos y sean ofrenda en agradecimiento de ellos, imitándote en la pena, para que llegue á gozar de ti en la gloria.

De aquí también aprenderás á no despreciarte en la enfermedad, como dijo el Eclesiástico, ni estimarte en poco por ella; pues Cristo nuestro Señor estimó en tanto á los enfermos y se compadeció tanto de ellos, que sintió sus enfermedades, como si fueran propias; y él se pone en lugar de los enfermos, como consta de lo que dirá en el día del juicio: *Estaba enfermo y visitásteisme; y*

con este espíritu puedes decirle: Pues tomáis, Salvador mío, mi enfermedad por vuestra, y queréis que vuestros fieles me visiten en ella, venid Vos á visitarme, y estar conmigo en esta cama, porque sin vuestra visita, de poco me servirá la de los hombres; ni ésta me hará falta, teniéndos á Vos en mi compañía.





VIII

De las enfermedades que nos vienen por fines más altos de la gloria de Dios.

Para consuelo de los enfermos, es bien que consideren que no siempre las enfermedades son castigo de pecado, sino algunas veces las envía Dios solamente para manifestar su gloria, y para ejercicio de sus escogidos, sacando de ellas grandes ganancias. Así lo dijo el Salvador á los apóstoles, cuando le preguntaron la causa de haber nacido un hombre

ciego: *No pecó, dice, éste ni sus padres: sino que es ciego para que en él se manifiesten las obras de Dios; y de la enfermedad de Lázaro, dijo: Que era para la gloria de Dios, y para que en él fuese glorificado su único Hijo.* Y de aquí es, que algunas veces el justo, aunque tenga algunas culpas, padece enfermedades más graves que ellas merecen, por otros fines que Dios pretende; como lo testifica de sí el santo Job, cuando dijo: *Ojalá se pusiesen en una balanza los pecados con que merecí este castigo, y en otra los trabajos que padezco, y echarías de ver, que las pe-*

nas son más pesadas que las culpas. Pero esto mismo es motivo de sumo consuelo y alegría; porque mucha mayor grandeza es estar en la cruz, como Cristo, inocente, que como el buen ladrón, culpado; y grande gloria es imitar en esto á nuestro capitán y al glorioso ejército de sus soldados los mártires, cuyos tormentos no eran por sus pecados, sino para dar testimonio de su fe y de la caridad que tenían á su Dios; y es linaje de martirio padecer sin culpa enfermedades, para que sea Dios glorificado en ellas. Y ¿de dónde á mí tanto bien que pueda yo

ser materia de la divina gloria, y que ella crezca por mi causa? Sea, Señor, yo atormentado, con tal que tú seas glorificado. Mas aunque es verdad, que lo mejor de los trabajos es no tener culpa que sea causa de ellos, no has de desmayar por verte culpado; porque bien puede ser que tus enfermedades sean castigo de tus pecados, y juntamente sean para gloria de Dios y para que él sea glorificado en ellas, no sólo con el resplandor de su justicia, sino por otros muchos caminos de su mayor gloria.

De aquí puedes subir á considerar, que Dios te envía las

enfermedades para probar tu fe y lealtad, y ver cómo peleas por su amor, hasta vencer, quedando él muy honrado y glorificado con esta victoria, que más es suya, que tuya. Piensa, pues, hermano, cuando estás enfermo, que la cama es el campo ó el palenque donde entras á pelear con un ejército de soldados y crueles enemigos, que son el frío y la calentura, el hastío, la sed, los dolores, bascas, congojas y las molestias de las medicinas, y luego levanta los ojos al cielo, y entiende que Cristo nuestro Señor te está mirando cómo peleas, como miraba á San Es-

teban, cuando le estaban apedreando, y desde allí te anima á pelear, porque le va su honra en que venzas, y á ti te va la vida en no ser vencido. Mírale otras veces cómo está cerca de ti, rodeando tu cama por todas partes; porque en él vives, y te mueves, y dentro de él estás cuando padeces, y dentro de ti le tienes para pelear en ti, y por ti, ayudándote con su gracia para salir con la victoria; y animado con su presencia, vuelve por su honra, no admitiendo culpa, ni impaciencia alguna, aceptando de buena gana todas las penas que padeces, para que Dios

sea glorificado en ellas. Imagina que te pone en esta cama para que eches de ti tal olor de santidad, que edifiques con tu paciencia á los que te vieren, y les muevas á glorificar á tu Padre celestial; á la manera que se dice del santo Tobías: *Que le afligió Dios con la ceguera, para que se diese á los venideros ejemplo de paciencia, como le dió el santo Job, perseverando sin mudanza en el divino servicio.* Imagina también que tienes á tu lado al ángel de la guarda, y al demonio, estando á la mira de lo que haces y procurando cada uno tenerte de su parte. No confun-

das á tu ángel, ni alegres á tu enemigo, dándole ocasión para que triunfe de ti y escarnezca á Dios; antes procura confundir al demonio, y alegrar al santo ángel, y darle ocasión de que él glorifique á Dios por la paciencia que por su amor has mostrado.

Lo tercero, has de considerar otros fines muy gloriosos que suele nuestro Señor pretender con las enfermedades, mirando bien la parte que puedes tener en ellos; unas veces las envía para descubrir su gloria en el modo de librarnos de ellas, moviendo á orar con tanta fe y confianza, que da la

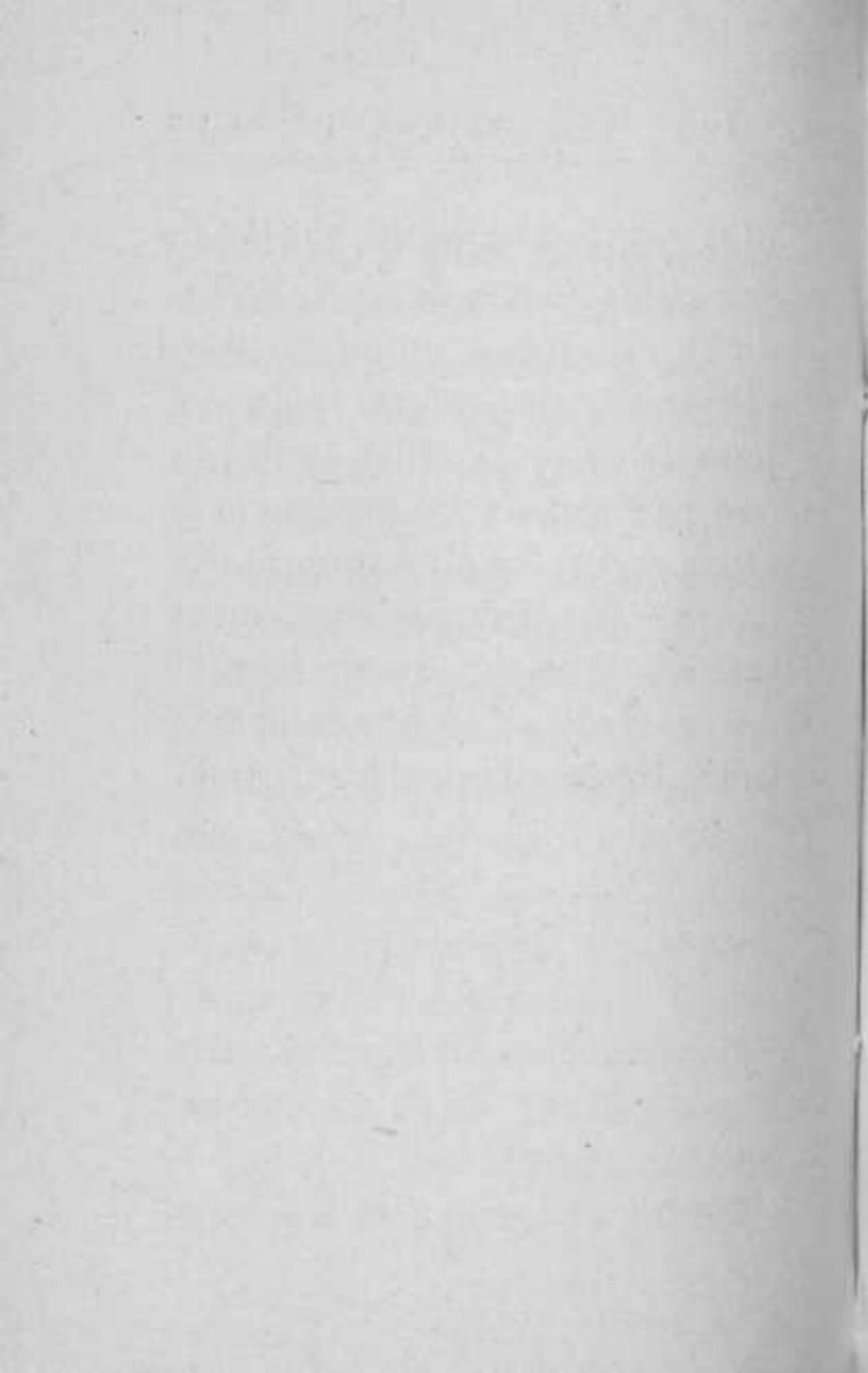
salud milagrosamente, como la dió á los ciegos y leprosos y á otros muchos enfermos; y cada día no cesa de hacer semejantes milagros para ser creído y alabado por ellos. Y por esto dice: *Lláname en el día de la tribulación, y yo te libraré, y tú me honrarás*, no sólo porque me honras en acudir á mí con tanta confianza, sino porque con ella me das ocasión de que yo sea honrado y glorificado por haberte librado de tu trabajo. De aquí es que también envía nuestro Señor las enfermedades para glorificarnos y honrarnos con ocasión de ellas con el modo

como nos libra, el cual, de tal manera es gloria suya, que así mismo es gloria nuestra. Y por esto dijo también: *Con él estoy en la tribulación; yo le libraré y le glorificaré.* ¡Oh, alma, no te aflijas de verte atribulada y metida en un cuerpo enfermo, porque no estás sola, sino muy bien acompañada! Contigo tienes un médico que te cura, un enfermero que te sirve, un amigo que te entretiene y un compañero que siempre te acompaña, y si tienes ojos para verle, gozarás de los frutos de su buena compañía; su fin no es atormentarte, sino sanarte; no hundirte, sino librarte y

glorificarte, para que todo el mundo vea que te ama, pues así te libra y te honra; mas cuando no quiere librarte de las enfermedades, también se glorifica y te glorifica con los esclarecidos dones que te concede por ellas, labrándote como piedra viva para colocarte en el edificio de la celestial Jerusalem, en lugar muy alto y muy glorioso. Gloria es de Dios la junta de cuerpo enfermo con alma contenta, alegre y regocijada, que está diciendo como el apóstol: *Huélgome con mis enfermedades, y con las afrentas, necesidades y angustias que padezco por Cristo;*

y de buena gana me gloriaré de ellas, para que more en mí su virtud y se descubra en mí su gloria. Gran gloria de Cristo es tener vivos retratos suyos en el mundo que se precien de traer en sus cuerpos las señales de sus llagas, y que tengan las enfermedades por regalos y favores, llevando consigo la mortificación de Jesús, para que en el cuerpo mortal que la lleva se descubra su gloriosa vida. Gran gloria es del Criador tener criaturas tan rendidas y obedientes que se dejen tratar como él quisiere, ora obre, ora deshaga en el cuerpo la salud y

vida que les ha dado, teniendo por suma dicha cumplir en todo su voluntad, en cuyo cumplimiento ponen su vida. Y pues Dios se glorifica tanto de que padezcas con paciencia y alegría por los fines que él ordenara, procura padecer de tal manera que no quede por ti despreciado, sino honrado por todos los siglos de los siglos.





IX

En que se responde á las quejas que tienen los enfermos fervorosos de no poder hacer lo que los sanos.

De lo que se ha dicho en los capítulos pasados, se pueden sacar respuestas muy bastantes á las piadosas quejas que tienen los fervorosos cuando están enfermos ó viven muy achacosos, viendo que no pueden hacer las obras que solían cuando sanos y las que hacen otros, pareciéndoles que desmedran y vuelven atrás en la virtud, pues no cumplen bien

las tres obligaciones del cristiano para consigo, para con sus prójimos y para con Dios nuestro Señor, por cuanto no pueden hacer las penitencias que solían; antes cuando otros ayunan, ellos comen carne, y cuando otros velan y trabajan, ellos duermen y se están en la cama; ni pueden ejercitar las obras de su oficio con los prójimos, ó gobernando, ó predicando, ó leyendo, ó sirviendo á los pobres; ni las del culto divino, rezando, oyendo misa, asistiendo á los divinos oficios y otras semejantes; y por esta causa suelen estar tristes, caídos y pusilánimes, y se tie-

nen por más desfavorecidos que los otros, con una especie de envidia de no poder hacer lo que ellos. Mas todo esto cesaría si entendiesen su buena suerte y atinasen á estar contentos con ello; para lo cual se ha de presuponer que con dos modos de enfermedades suele nuestro Señor visitar á los suyos para hacerlos muy santos: unas, graves, de cuando en cuando, poniéndoles en algún grande aprieto por un mes ó quince días; otras más ligeras y continuas, como son los achaques ordinarios, que en unos son mayores y en otros menores, dándoles algún

lugar de trabajar algo. Las primeras suele enviar á los pecadores, para que, puestos en aquel aprieto, se conviertan y muden la vida, y también las envía á los justos tibios para que en esta ocasión se renueven y vuelvan á su primer fervor, y si son fervorosos, para que crezcan mucho más, como quien comienza de nuevo su carrera; y aunque mientras dura la enfermedad parece que vuelven atrás y que no hacen nada sino padecer, pero esto mismo se ordena para tornar con más fervor á trabajar.

Maravillosamente figuró nuestro Señor esto en la señal

que dió al rey Ezequías de la salud que le restituía; porque como el sol, que desde el Oriente había caminado aquel día muchas horas sin parar, de repente, por voluntad de Dios, volvió á desandar lo andado y tornó atrás diez horas sin hacer noche (porque no pasó al otro hemisferio), sino, haciendo nueva mañana, comenzó de nuevo su carrera desde el Oriente, con lo cual hizo un día muy largo y extraordinario. A este modo, el justo que desde el Oriente de su conversión, ó desde su niñez, ha caminado prósperamente en el divino servicio, echando de sí

rayos de luz y gracia como el sol, y guardando la ley de Dios con corazón perfecto, como dijo de sí el rey Ezequías, de repente, por traza del cielo, es asaltado de alguna enfermedad ó adversidad que en la apariencia le hace volver atrás y desandar lo andado, y en sus ojos le parece que ya no tiene virtud ni religión, sino que camina al contrario de lo que su estado y profesión pedía; pero en la verdad, por más que el trabajo le apriete, no le obscurece en lo interior ni le derriba en la noche del pecado, sino pónese otra vez en el Oriente, y en un estado como

de novicio sus ojos, para que comience á caminar de nuevo como si nunca hubiera caminado, corriendo con tanto fervor como si aquel día comenzara su carrera.

Y este es uno de los principales frutos que saca nuestro Señor de las enfermedades y adversidades, renovándolas de tal manera que el fin de la adversidad sea principio de nueva vida, y una mañana y juventud muy fervorosa, conforme á lo que dijo por su profeta Oseas: *que en habiendo pasado por el valle de Achor, que es la turbación, cantará allí como en los días de su mocedad*

y como en los días primeros de su salida de Egipto, porque en la tribulación se renovará, y renovará los cánticos y ejercicios de virtud con el fervor que los ejercitaba en los primeros días de su conversión, cuando le sacó Dios del primer estado en que se hallaba. Esto es lo que está escrito en Job: Su carne está consumida con los castigos y dolores de la enfermedad; y pues ya está bien purificado, justo es que sea restituido á los días de su mocedad, y á su primer fervor; entonces hará oración á Dios y verá su rostro con júbilo de alegría, por la mudanza que ha

experimentado en su vida. Esta era la renovación que deseaba el mismo santo en medio de sus llagas, diciendo con grandes ansias: *¡Oh! quién me diese que fuere ahora como en los meses pasados, y cual era en los días en que Dios me guardaba, cuando la luz divina resplandecía sobre mi espíritu, y con ella caminaba en las tinieblas de este mundo; como vivía en los días de mi mocedad, cuando Dios de secreto moraba en mi tabernáculo, conversando familiarmente conmigo, cuando tenía tanta abundancia de leche y dulzura espiritual, que lavaba y blanqueaba los*

piés de mis afectos con ella, y *la piedra* viva, que es Cristo, *destilaba arroyos de aceite* y ríos de devoción que se empapaban en mi alma. Esto deseaba el santo Job en medio de sus trabajos, y presto le cumplió Dios sus deseos, restituyéndole la salud y todo lo que antes tenía con el doblado; y si antes era justo, después fué mucho más santo.



X

De los bienes de la paciencia en las enfermedades.

Pongamos un breve catálogo de los bienes que trae consigo la paciencia, de la que principalmente depende que los enfermos cumplan sus obligaciones y saquen provecho de las enfermedades y resistan á los combates de sus enemigos; pues ello es fuente de innumerables bienes para gloria de Dios y provecho de los prójimos y nuestro en todo género

de bien honesto, útil y deleitable.

Lo primero, la paciencia nos coloca en la cumbre de la vida cristiana, porque ella, según la sentencia del apóstol Santiago, es la que *hace la obra perfecta*, y de ella, como dice la Glosa, nace la perfección, á la cual se sube por los ocho escalones de las bienaventuranzas que Cristo nuestro Señor predicó en el monte, y el último consiste en la paciencia, la cual es la piedra de toque para conocer los grados de la santidad, conforme á lo que dijo el Sabio: *La doctrina del varón se conoce por la paciencia; por-*

que sabiendo sufrir, descubre que tiene la verdadera sabiduría y que conforma la vida con ella.

De aquí es que la paciencia es señal cierta del amor que tenemos á Dios, por quien sufrimos los males de esta vida, sin admitir por su causa alguna culpa; y así, entre las virtudes que se ejercitan con motivo de estos males, ella es la primogénita de la caridad, de la cual dijo San Pablo: en primer lugar, que *es paciente*, cuyos primeros *frutos*, que el mismo Apóstol llama *del Espíritu Santo, son paz y paciencia*; porque propio es de este

divino Espíritu con el amor causar paz en medio de las tribulaciones y paciencia en el rigor de los dolores; y llámase fruto de este divino árbol, porque con él se sustenta nuestro espíritu, y áun se recrea, *gloriándose en las enfermedades con mucho gusto, para que more en él la virtud de Cristo.*

Y de aquí nace su tercera excelencia, que es hacernos muy semejantes á Jesucristo, nuestro Señor, cuya vida toda fué ejercicio de paciencia; y es grande gloria parecerse á su capitán, á su rey y á su Dios, y andar siempre vestido de su librea, y traerle siempre

en su compañía, diciendo como la esposa: *Hacecico de mirra es mi Amado para mí, entre mis pechos le traeré; porque el deseo de imitarle, dice San Bernardo, me hace que siempre piense en sus trabajos y los traiga delante de los ojos y en medio de mis pechos, abrazándoles con dulces afectos, confortándome con el olor de ellos, para llevar el hacecico de mirra que él mismo me ha repartido.*

Y á esto se añade, que la paciencia nos hace semejantes á los mártires, que por ella alcanzaron esta excelencia, y por la misma podremos no-

otros alcanzarla y merecer el renombre del martirio; pues, como dice San Juan Crisóstomo, no lo es pequeño en medio de grandísimos dolores, que provocan á iras y blasfemias, refrenarse de tal manera que no haga ni diga cosa indigna de un cristiano. Esto hace al hombre mártir, y por esto el santo Job merece nombre de mártir, y el apóstol Santiago nos pone su paciencia con la del rey de los mártires, para que sea dechado de la nuestra.

De aquí procede que la paciencia alcanza gloriosas victorias de los enemigos más terribles que tenemos; pues no

sólo vence á los hombres, como vencen los tiranos y soldados, sino también, como pondera San Gregorio, por ella el hombre que vence á otros se vence á sí mismo, triunfa de los humores y pasiones, y toma señorío sobre su alma, que como dice Salomón, *es cosa más gloriosa que señorearse de ciudades muy fuertes*; por lo cual dijo el Salvador *que en nuestra paciencia poseeríamos nuestras almas*, dando á entender que la impaciencia nos quita la posesión de ellas; porque el enfermo impaciente es vencido del humor y poseído de la pasión, á lo que se rinde

como esclavo en la guerra que trae con ella; mas la paciencia de todos triunfa, manda y veda á sus potencias, como señor á quien todos obedecen y se rinden. *¡Oh, paciencia, dice San Agustín, tú vences todas las cosas adversas, no luchando, sino sufriendo; no murmurando, sino dando gracias á Dios por todo!*

Y de este bien resulta otro muy suave, por cuanto hace muy llevaderos los dolores, y que se sientan menos los trabajos; así como, por el contrario, la impaciencia los hace más pesados, y es causa de que sean más largos, dilatan-

do Dios la pena como se dilata la culpa. Y por esta causa en el infierno es intolerable y eterno el dolor, porque es impacientísimo el condenado que lo padece; y así los impacientes, como dice San Agustín, repugnando el padecer no se libran de los males, sino hacen que sean mayores: mas los pacientes que quieren más sufrir que pecar, sufren con más gusto los males más ligeros que son las penas, y escápanse de los *mayores en que hace caer la impaciencia, que son las culpas*; y el miserable enfermo traga un gusano que le roe la conciencia, y trae su corazón

como un mar amargo y muy turbado; pero el sufrido goza de grande sosiego por la seguridad que le da su paciencia, y *el alma segura es un banquete continuado.*

De aquí también procede que la paciencia libra de los males eternos, y alcanza la corona de gloria con singular excelencia; por ella, dice San Agustín, la puerta del infierno se cierra, y se abre la del paraíso para los que de corazón la aman; por ella, dice San Jerónimo, se cumple lo que nos avisó el Salvador, diciendo: *El reino de los cielos padece fuerza, y los esforzados lo arreba-*

tan. Y ¿quiénes son los esforzados, sino los que sufriendo se hacen fuerza á sí mismos? Porque aunque están postrados en una cama y enflaquecidos en el cuerpo, están muy fuertes en el espíritu; y sufriendo los dolores, arrebatan con grande esfuerzo el reino de Dios, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, y abren las puertas del cielo empíreo para subir á reinar con Cristo.

Con esta fuerza que tiene, la paciencia viene á ser muy semejante á Dios en que saca bienes de los males, convirtiéndolos en materia y aumen-

to de grandes virtudes, las cuales engendra como madre, cría como ama, defiende como muro, perfecciona como maestra, y, produciendo la perseverancia, da á todas la corona. Sufriendo la pena que te dan el hambre y la sed, alcanzas la templanza y abstinencia, y te es fácil el ayuno; sufriendo la molestia que te dan las injurias y desprecios de tus enemigos, ganas la humildad y acrecientas la caridad; sufriendo las miserias de la pobreza, refrenas la codicia y conservas la justicia, sin hacer agravio á nadie. «La paciencia, dice San Cipriano, mode-

ra la ira, refrena la lengua, gobierna el espíritu, conserva la paz, rige la disciplina, quebranta el ímpetu de la lujuria, reprime la hinchazón de la soberbia, apaga el incendio de la envidia, enfrena la potencia de los ricos, alivia la miseria de los pobres, defiende en las vírgenes su bienaventurada entereza, en las viudas su penosa castidad, en los casados la mutua caridad; hace humildes en las cosas prósperas, fuertes en las adversas y mansos en llevar las injurias; mueve á perdonar desde luego al que te agravió, y si tú le agravias, á que le pidas perdón en

seguida; ella vence las tentaciones, y sufre las persecuciones y da glorioso fin á los martirios». Y aunque la paciencia produce estos efectos en todo género de trabajos, pero singularmente los descubre en las enfermedades y dolores agudos, donde hay muchas ocasiones de ejercitarlos; y así es ella la que responde á las quejas y preguntas de la afligida Noemi, cuando dice: *¿Por qué me llamáis Noemi y hermosa, habiéndome humillado el Señor y afligido el Todopoderoso? ¡Oh, alma! dice la paciencia, ¿de qué te quejas? Mira bien lo que dices, porque yo*

soy el que te pongo ese nombre y te doy la hermosura que significa: aunque eres fea en lo exterior con multitud de trabajos, yo te hago hermosa en lo interior con muchedumbre de virtudes; estás descolorida y flaca en el cuerpo con las enfermedades, mas yo te comunico grande belleza y fortaleza en los bienes espirituales; yo convierto tu amargura en dulzura, y tu miseria en gran belleza, porque yo te hago obediente, humilde, templada, modesta, compasiva y caritativa. Cesa, pues, de quejarte y acepta el nombre de Noemi y el apellido de hermosa, por-

que el Señor te humilló para ensalzarte por medio de mí, y el Todopoderoso te afligió para consolarte por mi causa.

FIN



ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
I—De las causas porqué nuestro Señor envía las enfermedades, y de los provechos que saca de ellas para perfeccionar á sus escogidos..	5
II—De los bienes de la enfermedad.....	21
III—De la providencia de Dios acerca de nuestras enfermedades.	37
IV—De las enfermedades que nos vienen por nuestros pe-	

	<i>Págs.</i>
cados, en que resplandece la divina justicia con la misericordia	57
V—De las enfermedades, en cuanto son purgatorio de nuestros pecados y ocasión de grandes merecimientos.	71
VI—De las enfermedades, por comparación á los premios del cielo que esperamos...	83
VII—De las enfermedades, en comparación con los dolores de Cristo nuestro Señor en su pasión.....	97
VIII—De las enfermedades que nos vienen por fines más altos de la gloria de Dios ..	117
IX—En que se responde á	

Págs.

las quejas que tienen los enfermos fervorosos de no poder hacer lo que los sanos.....	131
X—De los bienes de la paciencia en las enfermedades.....	141



LA ESPAÑA EDITORIAL

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

PESETAS

VARIA

Rúst. Tela.

COLOGAN (B. F. de).— Estudios sobre nacionalidad, naturalización y ciudadanía...	12	14
ESTEPA (El bachiller Francisco de).— Los Jesuitas y el P. Mir. (Cartas á un académico de la Española).....	2	2'50
FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS (Juan).— Los orígenes de la oratoria	3	4
GARCÍA AL-DEGUER (J.).— La prosa castellana. (Desde la aparición del idioma hasta nuestros días). 140 trozos de 103 obras de 76 escritores, elegidos, ordenados y precedidos de una explicación.....	4	5
GIL (Ricardo).— De los quince á los treinta (poesías).....	4	5
— La caja de música (poesías)	3	4
JONATHAN LEVY.— El arte de hacer fortuna. (Para uso del aspirante á millonario honrado).....	2	2'50
ORTEGA MUNILLA (J.).— La viva y la muerta (novela).....	3	4
PARDO BAZÁN (E.).— Al pie de la Torre Eiffel	1'50	2
— Por Francia y por Alemania	1'50	2
REYES (Arturo).— El lagar de la Viñuela (novela).....	3	4
RUANO (J. M. ^a).— El alma (estudios metafísicos).....	3	4
UN DISCÍPULO DE LA C. DE J. (B. M. Minguez).— El Jubileo ó Año Santo. Con 12 grabados fuera del texto.....	1	1'50

LA ESPAÑA EDITORIAL

JOYAS DE LA MÍSTICA ESPAÑOLA

COLECCIÓN DE VOLÚMENES EN 16.º

(Edición de bolsillo)

1 peseta en rústica, 1'50 en tela.

TOMOS PUBLICADOS:

El amor en la mística española, por varios.

La vida y la muerte, por Fray Luis de Granada.

Avisos y sentencias espirituales, por San Juan de la Cruz.

Tratado de la tribulación, por el Padre Pedro de Rivadeneira.

Disciplina espiritual, por el Beato Juan de Avila.

La paciencia cristiana, por Fray Fernando de Zárata.

El alma en gracia, por Fray Pedro Malón de Chaide.

La cuna y la sepultura, por don Francisco de Quevedo.

Cristo es la paz, por Fray Luis de León.

Justicia y misericordia de Dios, por el P. Juan E. Nieremberg.

Los caminos de la perfección, por Fray Jerónimo Gracián.

Las moradas, por Sta. Teresa de Jesús.

El reino de Dios, por Fray Juan de los Angeles.

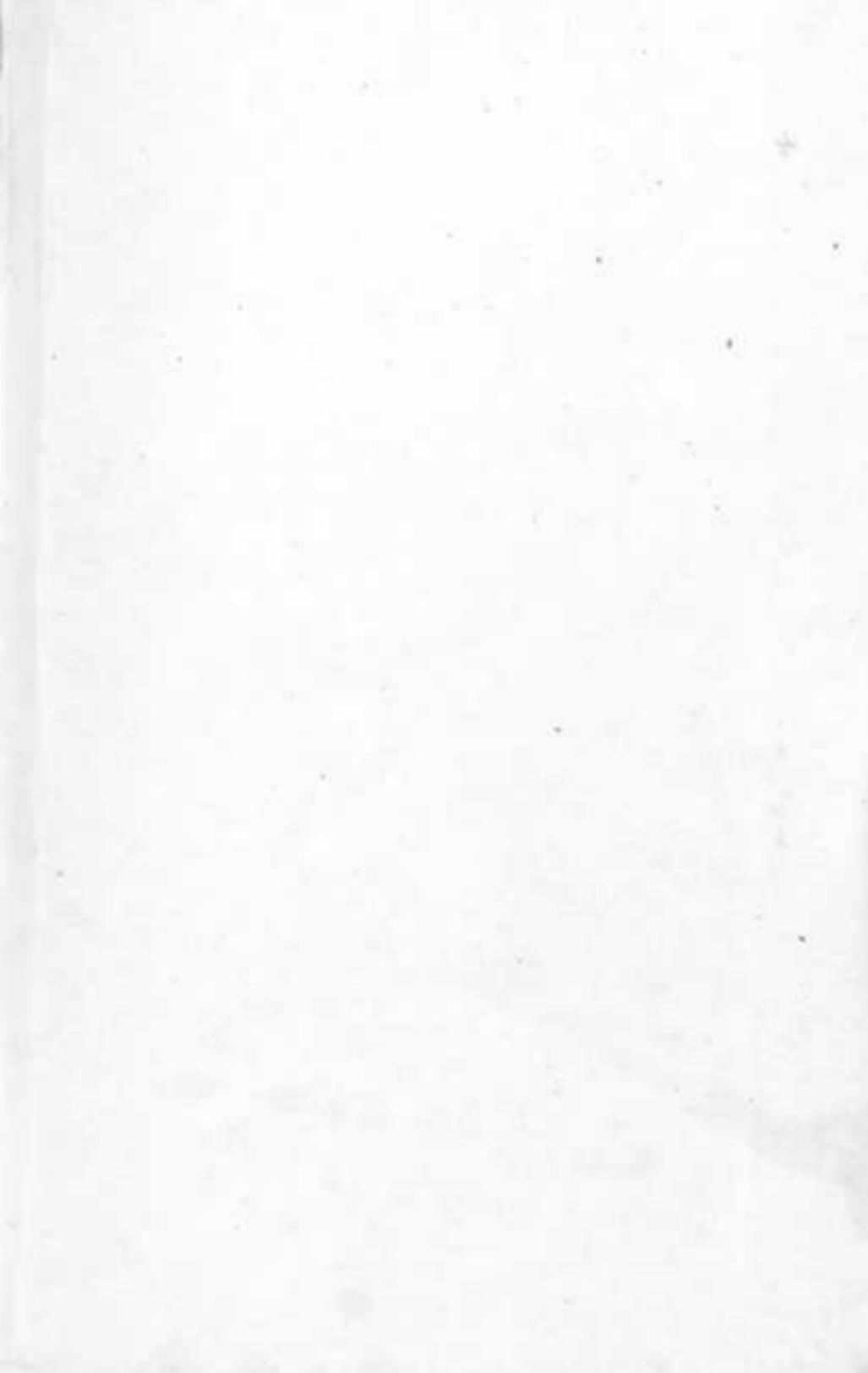
El amor divino, por Fray Diego de Estella.

Declaración del Padre Nuestro, por el Beato Alonso de Orozco.

La verdadera sabiduría, por Juan Luis Vives.

Las virtudes, por Raimundo Lulio.

La perfección en las enfermedades, por el P. Luis de Lapuente.







F
LA

P. LUIS

DE

LAPUENTE